BOLSILIBROS BRUGUERA

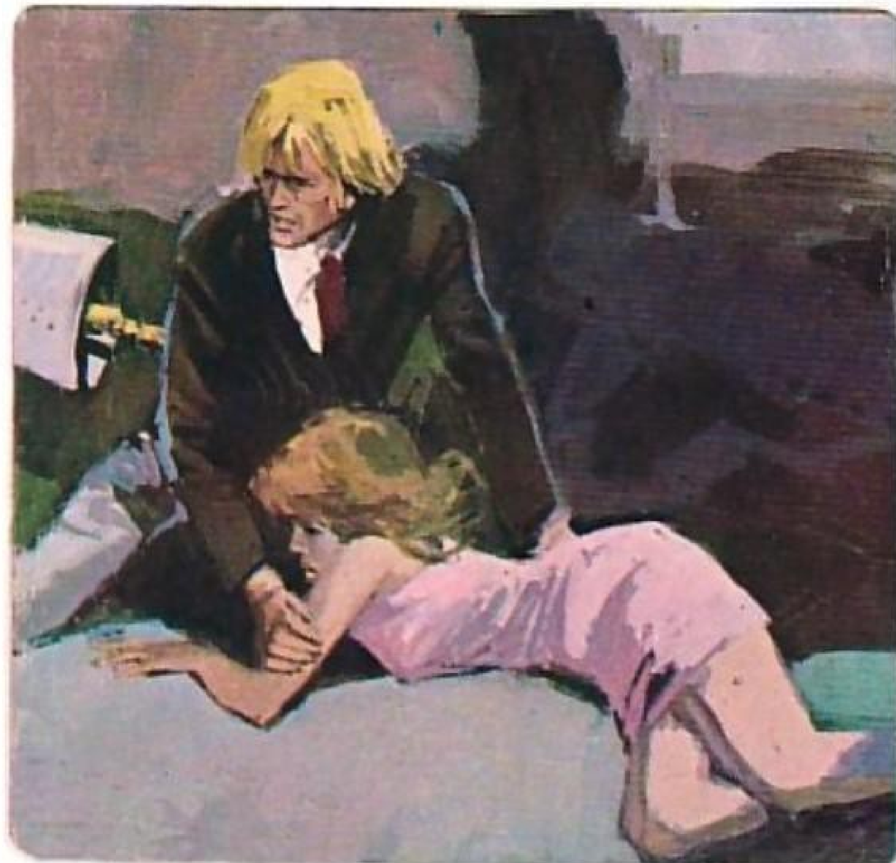
POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou Carrigan

LAS BESTIAS HUMANAS




COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LAS BESTIAS HUMANAS

Colección LA HUELLA n.° 14
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 42.092 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: diciembre, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Por fin, Adam Kendrick alzó la mirada del contrato que había estado leyendo, y la posó en el hombre que estaba sentado frente a él, en uno de los sillones del vestíbulo del Indio Hotel.

—¿Te estás burlando de mí, Percy? —preguntó con voz de auténtico trueno.

Con lo cual consiguió inmediatamente dos cosas.

La primera, que Percyval Loomis, el agente artístico que había ido a ofrecerle aquel contrato, palideciese intensamente.

La segunda, que las demás personas que habían en el vestíbulo del hotel se volviesen a mirarlo. Algunas de ellas, simples clientes como él, con curiosidad. Pero Esley y Norton Barrymore, hijos del dueño del hotel, y respectivamente recepcionista y director del mismo, con evidente alarma.

Esley pensó: «Santo cielo, no… ¡Otra vez, no!».

Y su hermano Norton pensó: «¡Estamos perdidos!».

Por su parte, el gordito, sonrosado, afable y blandengue Percyval Loomis, después de palidecer, juntó las palmas de las manos en gesto oratorio.

—Adam —gimió—. Adam, no… ¡Te lo juro, no me estoy burlando de ti! ¡Te lo juro por mi padre!

—¿Por quién? —Frunció el ceño Adam Kendrick.

—Por mi padre… ¡Por mi padre!

—Sigues burlándote de mí, cabeza de huevo —masculló Adam —. Tú no sabes quién fue tu padre. Ni siquiera tu madre sabe eso. ¿Verdad que tu madre no lo sabe?

Ante el clarísimo insulto, Percyval Loomis debió enrojecer, pero no. No. Todavía palideció más, y alzó las manos juntas hacia el mismísimo cielo.

—Por lo que más quieras, Adam… Si quieres te lo pido de rodillas. Te lo suplico, compréndeme, tómatelo con calma…

—Si lo entiendo bien —deslizó Adam con una calma que a Loomis le pareció más peligrosa que las tempestades ya conocidas en el carácter de aquél—, me estás pidiendo que me tome con calma el hecho de que entre todos pretendéis tomarme el pelo… Yo diría más aún: ¡queréis estafarme!

—No, no, no…

—Sí, sí, sí.

—No, no…

—Sí, sí.

—No…

—¡Sí!

Esley y Norton Barrymore llegaban en aquel momento junto a ellos, evidentemente dispuestos a todo con tal de salvar su hotel del vendaval que veían acercarse. Norton, en su calidad de director, decidió actuar con tacto, corrección y amabilidad, cualidades indispensables y mínimas para un director de hotel.

—Señor Kendrick —intervino con voz de miel—, precisamente tenemos en el hotel un abogado muy competente. Estoy seguro de que si él echase una mirada al contrato que le ha ofrecido el señor Loomis podría aconsejarle a usted para…

—¿Quién ha pedido un abogado? —Le miró Adam de arriba abajo.

—Bueno… Verá usted, mi intención…

—Su intención es meterse donde no le llaman.

—No, no, no…

—Sí, sí, sí…

—La intención de mi hermano, señor Kendrick —intervino ahora Esley Barrymore—, es ayudarle a usted. Cualquiera de nuestros clientes lo es en todos los sentidos. Nos satisfará mucho serle útiles.

—Sí —dijo Norton—. Eso es exactamente.

—Es una buena idea, Adam —aprobó con entusiasmo Percyval Loomis—. Si un abogado examinase ese contrato que he venido a ofrecerte, te diría que sus cláusulas…

—¿Quién habla aquí de cláusulas? —gritó Adam—. ¿Quién, eh? ¿Quién?

—Pu-pu-pues…

—¡Eres un ladrón, Percy!

—No, no, no…

—Sí, sí, sí…

Norton Barrymore se pasó un dedo bajo el cuello de la camisa, que se le estaba quedando estrecho por segundos.

—Señor Kendrick, podríamos…

—Oiga usted —le dirigió Adam una mirada centelleante—: ¿es suyo este asqueroso hotel?

Los Barrymore se mordieron los labios a la vez, mortificados. En realidad, Adam Kendrick estaba siendo injusto en todos los sentidos con ellos y con el hotel. Con ellos, porque rechazaba su ayuda. Con el hotel, porque el Indio Hotel no era de ningún modo asqueroso. Tampoco era de primera categoría, desde luego. Pero tenía cómodas y espaciosas habitaciones, algunas *suites*, buen servicio en general, un estupendo jardín con piscina y un par de pistas de tenis, estacionamiento para los coches de los clientes… Pedir más por el precio que se pagaba, era injusto sin la menor duda. Tan injusto como decir que el hotel era asqueroso. Eso, sin contar con las hermosas vistas que se tenían desde allí, desde Rodeo Drive, cerquísima de Beverly Hills. Tan cerca que desde la terraza del hotel se veían las mansiones de los grandes triunfadores del cine, rodeadas de jardines, piscinas de formas caprichosas…

—No, señor… —murmuró por fin Norton Barrymore—. No es exactamente mío, pero lo será algún día, puesto que es de mi padre.

—Ah… Bueno, pues le deseo larga vida a su padre aunque sólo sea para fastidiarle a usted. Por cierto: a su padre no se le ve mucho por aquí, ¿verdad?

—Él se ocupa preferentemente de la cuestión administrativa. Prefiere que seamos nosotros quienes tratemos con los clientes.

—Entiendo… De modo que el viejo se dedica solamente a contar el dinero que ustedes ganan, ¿no es así?

—Bueno… No. No exactamente, claro…

—¿Están ustedes a sueldo de su padre?

—Sí. Bueno, más o menos, sí.

—¿Les paga bien?

—Vaya… Sí, razonablemente, sí.

—Muy bien, pues les felicito. Pero ahora supongan, sólo por un momento, que su padre les pagase cinco centavos a la semana por

su trabajo… ¿Qué les parecería eso?

—¿Cinco centavos a la semana? —Respingó Esley—. ¡Eso sería una estafa…!

—¡Exactamente! —gritó Adam, poniéndose en pie—. ¡Y eso es lo que ha venido a ofrecerme este cochino gordito: cinco centavos a la semana!

—Pe… pero Adam —tartamudeó Loomis—, eso no… no es cierto. El… el contrato dice… dice cinco mil dólares por todo el trabajo en esa película…

—¡Eso son cinco centavos para mí! —vociferó Kendrick—. ¿Cómo te has atrevido a venir a ofrecerme esta miseria? ¡A mí, al guapísimo y maravilloso Adam Kendrick, al renovador de los guapos del cine, al majestuoso y sensacional Adam Kend…! ¿Qué mira usted?

Adam Kendrick había interrumpido su panegírico para mirar torvamente a la persona a la que dirigió la pregunta. Dicha persona era una muchacha de algo más de veinte años, rubia como el sol y el oro, con los ojos azules, la boquita de color rosa, y un cuerpo fino, elegante, armonioso, y sugestivo como nada en el mundo.

Había llegado hacía unos pocos segundos, caminando directa hacia la conserjería, pero se había detenido al oír a Kendrick, y se había quedado mirándolo, inmóvil, con una maleta en su mano derecha y un bolsito en la izquierda. Y con los bellísimos ojos muy abiertos.

—¡Le pregunto que qué mira, lechuza! —tronó Adam.

De nuevo era injusto. O cabía pensar que Adam Kendrick precisaba efectuar una visita al oculista con toda urgencia. Cosa que no parecía probable… Adam Kendrick era guapo hasta el aburrimiento, con mandíbula de luchador romano, boca de cepo, frente despejada e inteligente según los cánones. También era alto, musculado como un tigre, elegantísimo, fantástico con sus cabellos rubios y largos… En suma: Adam Kendrick era tan, tan, tan guapo, que el pasmo de la muchacha recién llegada al Indio Hotel estaba justificadísimo. Vamos, que era increíble encontrarse un sujeto como aquél, tan bronceado y bello.

—¿Será sorda esta lechuza? —Alzó las cejas Adam, acercándose a la muchacha y haciendo chascar dos dedos ante su naricita.

Ella parpadeó entonces, y por un instante brevísimo, Adam

pensó que fue como si se hubiesen cerrado y abierto las puertas del mismísimo cielo.

—No soy sorda —aseguró.

—Pero sí es una lechuza, ¿eh?

—Es posible que yo sea una lechuza, pero es seguro que usted es un grosero mal educado.

Y dicho esto, que en apariencia era una verdad más grande que el continente asiático, la bellísima joven siguió su camino hacia la conserjería. Norton Barrymore dirigió una mirada a su embotado hermano Esley, éste comprendió y trotó tras la muchacha, para atenderla.

Parecía que la tempestad había pasado. Durante casi un minuto, mientras la muchacha era atendida por Esley, Adam Kendrick permaneció allí, en el centro del vestíbulo, como convertido en piedra… Y de pronto, se dirigió hacia el mostrador. Al llegar allá, dio la vuelta al libro de entradas del hotel, leyó el nombre de la recién inscrita clienta, y luego la miró, sonriente.

—¿Cómo está usted, señorita Wells? —se interesó.

Jennifer Wells lo miró un tanto expectante.

—Muy bien, gracias.

—Permítame presentarme… Me llamo Adam Kendrick, tengo veintiocho años, y, hasta hace un par de años, era profesor de educación física. ¿Me permite usted invitarla a una copita de algo mientras el magnífico servicio de este agradable hotel se encarga de subir su equipaje a la habitación que tan dignamente va a ocupar? Por favor, no diga que no.

—Bueno…

—Estupendo —sonrió Adam, pura miel y cortesía; la tomó del brazo y señaló hacia un sofá con plantas a ambos lados—. Allí estaremos muy ricamente. ¿Puedo saber de dónde viene usted?

—De Kanab, Utah.

—Oooooh… —Llegaron al sofá, ella se sentó, y Kendrick lo hizo después—. ¡Caramba, de Utah! ¿De veras? —Sí.

—Bueno, supongo que todos los lugares del mundo tienen derecho a estar habitados. ¿Me permitiría darle un consejo, señorita Wells? Es un consejo muy bueno.

—En ese caso, se lo permito, desde luego.

—Usted es una chica inteligente —aprobó con énfasis Adam—.

Éste es el consejo: vuélvase a Kanab, Utah, sin molestarse en deshacer su equipaje.

—¿Y por qué he de hacer eso?

—Le está hablando la voz de la experiencia. Míreme bien… ¿Qué le parezco?

Vamos, con confianza… ¿Qué le parezco?

—Me parece usted un hombre… abrumadoramente guapo, señor Kendrick.

—Abrumadoramente —reflexionó Adam—. Abrumadoramente… Oiga, eso no está nada mal, ¿sabe? Es una palabra que habrá que poner en circulación: Adam Kendrick, el superactor abrumadoramente guapo… ¡Caramba, me gusta!

—¿Es usted actor?

—Más o menos. Le voy a hacer un resumen de mi *currículum vitae*, señorita Wells. Veamos… Nací, como he dicho antes, hace veintiocho años, en un encantador pueblecito cerca de Los Angeles… Por supuesto, era un niño encantador: gordito, rubio, con estos ojos grises tan amables… ¿Los ve?

Sí —comenzó a sonreír Jennifer Wells—. Los veo.

—Oiga —se pasmó Adam—. ¡Tiene usted una sonrisa preciosa, señorita Wells!

—Gracias.

—De nada. Pero a lo que vamos… O sea, al consejo que le voy a dar, y, además, gratis. Pues eso: nací guapísimo, y claro, todo el mundo lo decía. Ya de niño tenía que andar envuelto en alambre de espino para evitar que las chicas me abrazasen y me besasen. Y así las cosas, pues fui creciendo… ¿Cuánto diría usted que mido?

—Mmm… ¿Metro ochenta y cinco?

—Ochenta y seis. Sí, tiene buena vista. En fin, que andando el tiempo llegué a ser así de guapo, y como además estaba loco por el deporte, pues nada, vengan gimnasios por aquí, atletismos por allá, partidos de *rugby* acullá, natación por ese otro lado… Total, que me convertí en una bestia llena de músculos. ¿O no?

—Sí —sonrió Jennifer—. También los veo.

—Formidable. Bien… A los veinticuatro años, conseguí el dinero para instalar un gimnasio. Las cosas no me iban mal, en lo económico, no… ¡Claro que no! Al principio, mis clientes fueron todos hombres. Es decir, hombrecitos… Ya sabe: caballeros de

barriga voluminosa que tenían la pretensión de ser como yo con unas cuantas sesiones de gimnasia más o menos sueca, y unas carreritas por el campo… ¿Se lo imagina?

—Absurdo… —Jennifer Wells pareció espantar una mosca—. Decididamente absurdo.

—Usted es genial. Bueno, pues eso. Esto… Al parecer, mi belleza múltiple comenzó a fastidiar a mis clientes, y se fueron dando de baja. Hasta que un día me harté de los que quedaban, y los eché a la calle con sus barrigas. Entonces, me llegó la idea fatal: poner un cartelito afuera que indicase que aquel gimnasio era *exclusivamente femenino*.

—¡Horror! —exclamó cómicamente Jennifer.

—Me parece que usted ya me va entendiendo. En efecto, se armó allí la guerra más encarnizada de la historia… ¿Se imagina usted a cientos de señoras peleándose por tener una plaza en mi gimnasio, y a las que ya la tenían para ser ellas las preferidas por su fabulosamente guapo profesor de gimnasia…? No, fabulosamente, no… ¿Cómo era…?

—Abrumadoramente.

—Abrumadoramente… Colosal palabreja. Bueno, mire, ¿para qué cansarla? Aquello era para morirse. Porque lo peor del caso era que mis alumnas eran casi todas unas cacatúas, con más pellejos que carne en su sitio. ¿Usted comprende? Y querían dos cosas. Una, que yo las embelleciese. Dos, que…

—Ya le entiendo, ya.

—Bueno, pues eso. Oiga, si les hubiese hecho caso a todas, yo estaría muerto ahora, ¿me explico? Así que venga dar calabazas a las señoras de las carnes consumidas. Y un día, apareció una, la más fea de todas, que me dijo: «Muchacho, muchacho, muchacho…». —¿Tres veces?

—Sí, sí. «Muchacho, muchacho, muchacho… ¡estás perdiendo el tiempo aquí, con estas viejas sinvergüenzas!». Y me propuso hacer de mí algo importante. Yo desconfiaba, pero al final resultó que quería convertirme en un galán de cine, que, según ella, desbancaría a todos los Tyrone Power, Rock Hudson, Errol Flyn, Robert Redford, etc. ¡Eh! ¿Adónde vas tú? —acabó gritando.

Percyval Loomis, que intentaba aprovechar la ocasión para desaparecer de escena, se detuvo en seco, camino de la puerta del

hotel. Volvió la cabeza e intentó sonreír.

—No… Si no voy a ninguna parte…

—Pues ven a sentarte aquí.

—Es que…

—¡Que te sientes!

Loomis casi corrió hacia allí. Se sentó en un sillón a un lado del sofá, y quedó inmóvil. Kendrick asintió aprobativamente, y miró de nuevo a Jennifer Wells.

—Un papelito en una película —siguió—. Eso es. Según todas las promesas, era para empezar, claro, pero más adelante… ¡Huy, más adelante…! ¡El Rey del Cine, garantizado! ¿Y sabe cómo está el asunto ahora?

—¿Cómo está?

—Fatal. La vieja aquélla se puso tan pesada que le dije que se fuese a cazar micos al Orinoco, y que yo me las arreglaría por mi cuenta. Pues, no. No, señor… De eso, nada. De cuando en cuando, me ofrecen algún trabajillo. Poca cosa, porque dicen que soy intratable, no por lo demás. ¿Usted cree que soy intratable, señorita Wells?

—En este momento, no. Pero quizá en otros resulte usted una persona… desagradable. Y a lo mejor, yo conozco el motivo.

—¿De veras? —Se pasmó Kendrick—. ¿De veras? ¿Y cuál es ese motivo?

—Cabe la posibilidad de que usted resulte indisciplinado y agresivo con el director y los productores porque, en el fondo, no le gusta ni pizca ser actor de cine.

—¡Sacrilegio! —gritó Adam—. ¡Sacrilegio…! Y dígame, ¿qué otra cosa puedo ser yo, con un físico tan encarnizadamente maravilloso y bello?

—Abrumadoramente —corrigió Jennifer—, no encarnizadamente. ¿Qué consejo quería usted darme, señor Kendrick?

—Ah, sí… Pues éste: basándome en mi experiencia cinematográfica, le aconsejo que olvide usted sus sueños, sus fantasías, sus ilusiones de ser actriz, de triunfar en Hollywood, de…

—No pretendo semejante cosa.

De nuevo quedó pasmado Adam Kendrick.

—¿No ha venido usted a Hollywood a triunfar? —masculló.

—No. El cine no me interesa más que desde una butaca.

—Atiza… Entonces, ¿a qué ha venido usted aquí?

—A resolver asuntos personales que a nadie le incumben. Es decir, por lo menos no le incumben a usted… creo.

—Oiga, usted tira con bala, ¿eh? ¿Qué te parece, Percy…? ¡Una chica tan guapísima y no ha venido a Hollywood a ser actriz! Desde luego, hay gente extraña…

Adam, yo… yo tengo que irme ahora…

—Está bien. En honor a la señorita Wells, vas a salir del hotel con los huesos enteros. Pero, querido Percy, si vuelves a insultarme con un contrato miserable como el que has traído hoy, quedarás inválido para toda la vida… ¿Está claro?

—Sí… Sí, Adam, sí… Bueno, adiós… Adiós, señorita Wells… Ha sido un placer conocerla, sí…

Jennifer Wells sonrió cortésmente. Pero Adam Kendrick contemplaba con el ceño fruncido a su agente artístico.

—Un momento… —masculló—. ¿Qué te dije que harías con el contrato que no me gustase, Percy?

—Oh, no… —gimió el hombrecillo—. ¡Por favor, Adam, no!

—¿Cómo qué no? —Se frunció aún más el ceño de Kendrick.

—Sí… Sí, sí, está bien, sí… ¡Ya me lo como!

Percyval Loomis arrugó el contrato cuanto pudo, y se lo metió en la boca, comenzando a masticar. A su alrededor se oyeron risitas… que cesaron en el acto cuando Adam Kendrick dirigió una veloz mirada de ataque a todos lados.

—Está bien —se mostró magnánimo—, sal ya de aquí… ¡Pero sin dejar de comer contrato!

Por entre la masa de papel más o menos triturado, Loomis farfulló unas disculpas, y corrió hacia la puerta…

—Naturalmente —oyó Adam a Jennifer—, su amigo dejará de comer papel en cuanto lo pierda de vista.

—Lo sé. Pero no hay que abusar demasiado de la fuerza de uno. No es noble, ¿verdad?

—No —sonrió Jennifer—. No es noble. Mire, señor Kendrick, no voy a aceptar tomar una copa con usted ahora, porque estoy cansada, y quisiera bañarme…

—Mejor que mejor, porque estoy sin blanca, y cada vez que le digo a uno de los Barrymore que «lo ponga en mi cuenta» me miran

con cara de asesinos. ¿Y el viejo? El padre, quiero decir… Parece un avaro de esos de película, siempre en el despacho, contando sus centavines… De todos modos, yo la he invitado, así que puede usted pedir lo que quiera: que lo pongan en mi cuenta.

—Señor Kendrick: ¿aceptaría usted un empleo?

Adam se quedó mirando a la muchacha como si ésta acabase de propinarle un martillazo en los diez dedos de las manos a la vez.

—¿Qué dice usted? —graznó—. ¿Yo un empleo?

—Todo el mundo trabaja —dijo ella.

—¡Pero yo no soy todo el mundo! ¡Yo soy el… el…!

—Abrumadoramente.

—… ¡El abrumadoramente guapo Adam Kendrick! ¿De qué sería ese empleo?

—De profesor de educación física.

—¡No! —Adam se puso en pie de un salto—. ¡Por el cielo, no!

—Es lo que a usted le gusta.

—¡No!

Mire, podríamos…

—¡No! ¡Por mi dulce madre, no! ¡No quiero saber nunca nada más con viejas que quieran convertir en carnes turgentes sus pellejos! ¡Nunca más! ¡Nunca!

—Señor Kendrick, mi oferta no…

—¡Que no! —Kendrick casi estaba pálido, a pesar de su intenso bronceado—. ¡He dicho que no, y mil millones de veces, no! ¡Huyamos, Adam!

Y en efecto, se alejó corriendo de Jennifer Wells, que acabó por encoger los hombros, ir a recoger su llave y dedicarse a pensar en el reconfortante baño caliente que pensaba tomar.

CAPÍTULO II

El viejo Charles Barrymore arrojó los recibos sobre la mesa de su despacho, y miró con expresión enloquecida a sus hijos Norton y Esley.

—¡Pues ese tipo no tomará nada más en mi hotel! ¿Está esto bien claro? ¡Nada más!

—Pero, padre… —empezó Esley.

—Son sólo unos *whiskys*… —terminó Norton.

—¡Sólo unos *whiskys*! —vociferó el viejo Charles—. Pero… ¿qué es esto? ¿Un asilo para borrachos?

—Vamos, padre —intentó suavizar la entrevista Norton—, el señor Kendrick no es ningún borracho.

—En el fondo —osó decir Esley—, es un muchacho simpático.

—¡Pues que te cuente chistes! —aulló Charles Barrymore—. ¡Pero ese tipo no se bebe más *whiskys* de este hotel si no lo paga con buen dinero! Además, ¿cuánto hace que no paga su estancia en el hotel?

—Bueno, padre, ya sabes… Al Indio Hotel vienen muchos de los actores y actrices que están esperando una oportunidad para hacer cine. Los agentes artísticos lo saben, vienen con frecuencia por aquí, y ellos son buenos clientes. Por otra parte, algunos de los que han estado aquí como clientes modestos, han vuelto luego cuando han conseguido algún éxito, y eso va dando cierto tono al hotel… Éste podría ser el caso del señor Kendrick.

—¿Cuánto hace que no paga su estancia? —insistió Charles.

—Apenas tres semanas…

—¡Tres semanas sin pagar…! Maldita sea vuestra estampa. ¿Estáis locos?

¿Queréis que me arruine?

—Hombre, padre… —Intentó sonreír Esley.

Su padre le atajó con un gesto seco.

—Ni hombre ni narices. Os diré lo que vamos a hacer… Le vais a exigir a ese Adam Kendrick que se ponga al día en sus pagos, y si no lo hace, ¡a la calle! Es decir, después de avisar a la policía, naturalmente. En cuanto a vosotros, si continuáis siendo tan imbéciles, también os iréis a la calle.

—Pero, padre…

—¡Pero, demonios! ¡Fuera de aquí, ya no tengo nada más que decir! ¡Fuera! ¡Largo, par de idiotas!

Norton y Esley salieron empujándose uno a otro del despacho de su padre, con tal precipitación y atolondramiento que no cerraron la puerta…

—¡Y cerrad esa puerta, cretinos!

—Sí… Sí, padre…

La puerta fue cerrada, y el viejo Charles quedó solo en su reino, con sus juguetes preferidos; esto es, las cuentas pagadas y el dinero ingresado, que comenzó a contar al principio todavía de pésimo humor, y, poco a poco, con movimientos amorosos, como si sus dedos acariciasen dulcemente los billetes y los cheques… que era de esperar no fuesen sin fondos.

Debían ser las ocho y media de la noche.

Hacia las nueve. Charles Barrymore había terminado de hacer sus cuentas, que, salvo las facturitas de Adam Kendrick, resultaban bastantes satisfactorias, en general. Además, había un nuevo cliente, la tal señorita Wells… Jennifer Wells. Bueno, siempre llega alguien y siempre se marcha alguien, de un hotel.

Estaba haciendo un verano estupendo, así que Charles Barrymore tenía la gran ventana del despacho abierta de par en par. Esto refrescaba el ambiente de modo natural, así que podía permitirse el interesante ahorro de la refrigeración a partir de las siete de la tarde. Por otra parte, el jardín del Indio Hotel era muy agradable, habían muchas flores, y su aroma llegaba hasta allí. También llegaba el leve resplandor de las luces de la piscina, y el sonido de algunas zambullidas. Más allá estaban las pistas de tenis, y seguro que alguien estaba jugando en aquel momento. Bueno: a fin de cuentas, la iluminación de las pistas se pagaba aparte…

Esto hizo reflexionar unos segundos al viejo Charles. Norton le

había dicho que no era de buen gusto cobrar a los clientes la iluminación, y que siempre se podía compensar este insignificante gasto de un modo inteligente. Quizá tuviese razón…

Quizá.

—Mañana hablaré con Norton sobre ello, sí —dijo el viejo Charles.

Bueno, ya había terminado… Se puso en pie, se volvió hacia la caja fuerte y la abrió. Al ver la gran cantidad de dinero que guardaba allí, frunció el ceño y movió la cabeza como censurándose algo a sí mismo. Recogió de sobre la mesa la recaudación del día, se acuclilló ante la caja y guardó los billetes que llegaban a hacer compañía a los que ya reposaban allí hacía días.

—Mañana lo ingresaré en el Banco —se dijo.

Ordenó un poco los billetes, y las facturas y recibos… Esto le hizo pensar nuevamente en el tal Adam Kendrick, y su ceño se frunció.

Y justo entonces, Charles Barrymore tuvo aquella sensación de no hallarse solo en el despacho. Fue una sensación algo vaga, pero muy molesta, que le impulsó a volverse, para mirar tras él.

Así estaba, empezando a volverse y con el ceño fruncido, cuando recibió la primera cuchillada en lo alto de la espalda, casi tocando el cuello. El golpe no fue demasiado fuerte, pero sí lo bastante para tirar a Charles Barrymore de cara contra los estantes metálicos del interior de la caja fuerte. Rebotó en ellos, y se volvió, cayendo de rodillas, sintiendo un agudo dolor en el cuello, nublada la vista…

La siguiente cuchillada le alcanzó de lleno en el ojo izquierdo, perforándolo de un modo espantoso. Tanto, que incluso la persona que manejaba el largo cuchillo de cocina respingó con fuerza ante el espectáculo. Pero ya no se detuvo… De la boca de Charles Barrymore brotaba un extraño gemido, como el de una tubería en malas condiciones de circulación. Sólo veía una sombra ante él. Una sombra y un reflejo.

El reflejo se movió, y Charles notó de nuevo aquel dolor frío, estremecedor, y aquel zumbido en las sienes. Llegó otra cuchillada a su cuerpo. Y otra. Y en el preciso instante en que le llegaba la siguiente, el teléfono comenzó a sonar.

¡Trilíiinnngggg…!, llamaba el aparato, sobre la mesa bien ordenada de Charles Barrymore… ¡Trilíiinnnggg…!

¡Trilíiinnngggg…!

La persona que había manejado el cuchillo corrió hacia la abierta ventana, y saltó al jardín, precipitadamente.

Mientras tanto, en el despacho del viejo Charles seguía sonando el teléfono: ¡trilíiiinnnggg… trilíiinnnggg… trilíiiinnngggg…!

Por fin, dejó de sonar.

Capítulo III

—Entonces —murmuró el teniente Murdock, de la Sección de Homicidios del Police Department—, el cadáver lo encontró usted, señor Barrymore… ¿No es así?

Norton Barrymore, sentado en uno de los sillones del despacho de su padre, asintió con la cabeza. Su rostro estaba demudado, lívido.

—Sí… —consiguió decir, con voz temblorosa—. Sí, yo…

—¿Y qué hizo?

—Salí… salí corriendo del despacho… Fui a buscar a mi hermano.

Murdock miró a Esley, que permanecía de pie junto al sillón que ocupaba Norton. Por supuesto, su rostro estaba tan desencajado y pálido como el de su hermano, y parecía milagroso que pudiera sostenerse en pie.

—Y usted fue quien llamó por teléfono, ¿cierto?

Esley asintió también primero con la cabeza, añadiendo:

—Sí, señor. Yo… yo no había visto aún cómo… cómo estaba mi padre, así que estaba… menos impresionado que Norton… Yo llamé al Departamento, sí.

—¿Y no han tocado nada aquí dentro, en el despacho?

—No, señor.

—¿Usted no vio nada… no vio a nadie? —Miró de nuevo Murdock a Norton.

—No… Nada.

—¿La ventana estaba abierta cuando usted entró?

—Sí, desde luego.

—¿Desde luego? ¿Por qué *desde luego*?

—Mi padre la abría siempre cuando atardecía. Paraba el

acondicionador de aire, y abría la ventana. Decía… decía que el fresco gratis es el mejor.

El teniente Murdock parpadeó. Y le tocó a él el turno de mover la cabeza en un gesto de asentimiento, de comprensión. Luego, se volvió hacia donde estaba el cadáver, ahora cubierto con una sábana, caído delante de la caja fuerte abierta.

—¿Sabe usted si había mucho dinero en la caja? —murmuró.

—Bastante… La recaudación de casi una semana. A mi padre le gusta… le gustaba contar cada noche el dinero. Antes de llevarlo al Banco, cada siete días.

—¿Le gustaba contar cada noche el dinero? ¿Por qué?

—No sé —bajó la mirada Norton.

Murdock alzó las cejas.

—Naturalmente —deslizó—, esa costumbre suya debían conocerla bastantes personas, ¿no es así?

—Sí, bastantes, claro. En realidad, los empleados del hotel solían bromear al respecto. Más de una vez he sorprendido a alguno de ellos imitando a mi padre contando billetes.

—Ya. ¿Y los clientes del hotel? ¿Conocen ellos esa costumbre de su padre?

—No sé. Puede que algunos… Quizá los más antiguos.

—¿Quizá alguno de ellos tuvo alguna vez algo contra su padre? Algo personal, o por negocios… Cualquier cosa.

—Claro que no. Mi padre no trataba nunca con los clientes. De eso nos encargábamos Esley y yo. La verdad es que casi ni lo conocían.

—Entonces, ¿ninguno tenía nada contra su padre?

—No se me ocurre ningún motivo que… Bueno…

Murdock entornó rápidamente los ojos.

—¿Sí? —instó.

—Bueno, precisamente poco antes de eso, Esley y yo estuvimos hablando con él sobre uno de los clientes, el señor Kendrick… Adam Kendrick. Hace algunas semanas que no paga, y mi padre nos ordenó que le exigiésemos el pago, y que si no pagaba lo… Bien, que avisásemos a la policía para que se hiciese cargo del señor Kendrick.

—Entiendo. ¿Qué habitación ocupa el señor Kendrick?

—La 307. Pero está abajo, en el vestíbulo. Fue de los primeros

en aparecer cuando… cuando comenzó todo… Es fácil de identificar: es el más alto, y… y… Bueno, muy guapo.

—Caramba. ¿Y qué me dice de los empleados? ¿Quizá alguno tenía motivos para querer matar a su padre?

—Dios mío, claro que no… Papá era un refunfuñón y un… un tacaño, pero…

Santo cielo, no.

—¿Le parece a usted que el señor Kendrick es un hombre capaz de matar?

Norton se quedó mirando estupefacto al teniente.

—No lo sé. A mí me parece capaz de todo, pues es un hombre muy fuerte y… y de un genio pésimo, pero hasta el punto de matar… No lo sé. Yo diría que no.

—¿Por qué no?

—A mí, en el fondo, me parece un hombre… cordial, amable y hasta simpático. Se pasa bien con él. Por eso le estamos permitiendo su permanencia aquí, a la espera de tiempos mejores para él. Nuestros clientes, en general, suelen ser agradecidos: siempre recuerdan lo bien que fueron tratados aquí mientras esperaban una buena oportunidad, muchos de ellos con los bolsillos vacíos, o poco menos, como el señor Kendrick.

—Comprendo. Voy a… Perdónenme un momento.

Murdock se acercó a los dos hombres que acababan de aparecer en la puerta del despacho. Estuvo unos segundos cuchicheando con ambos. Luego, señaló el cadáver, y uno de ellos fue hacia allá, y retiró la sábana, arrodillándose junto a Charles Barrymore y dejando en el suelo su negro maletín. El otro se fue. Y Murdock regresó ante los hermanos Barrymore.

—Mis hombres han encontrado huellas de pie ahí fuera, bajo la ventana —dijo sosegadamente—. Y al parecer, esas huellas dejan fuera de toda sospecha al señor Kendrick.

—No comprendo…

—Las huellas son de pies bastante más pequeños de lo que cabe imaginar en un hombre que parece ser tan alto como el señor Kendrick. ¿Cómo cuánto de alto?

—Un metro ochenta y seis.

—Caracoles… Bueno, ya tenemos aquí al forense —señaló al hombre del maletín, que estaba examinando el cadáver—, y en

cuanto termine, empezaremos a tomar huellas en el despacho.

—¿Debemos salir de aquí?

—Sería conveniente. Ya me han enseñado el cadáver, hemos hablado… Les diré algo más tarde.

—¿Algo? —se sorprendió Esley.

Murdock frunció el ceño, y quedó reflexivo.

—Tiene razón —admitió—. ¿Qué podría decirles que no sepan ustedes ya? Sabemos que murió después de las ocho y media y antes de las nueve y diez, que fue cuando usted entró en el despacho… Por cierto, señor Barrymore, ¿a qué entró usted en el despacho?

—La telefonista me dijo que habían llamado a mi padre por teléfono, que ella había pasado la llamada allí, y que mi padre no contestaba. Me extrañó, porque siempre se despide de nosotros antes de marcharse, y no lo había hecho. Así que fui a ver, y… Bueno…

—Sí, ya entiendo. Bueno, salgamos de aquí.

Poco después, llegaban al vestíbulo, en el cual se hizo un silencio súbito. Muchos de los clientes del hotel se habían reunido allí, y habían estado conversando excitadamente hasta entonces… También había varios empleados, que asimismo guardaron silencio al aparecer Murdock y los Barrymore.

El teniente miró al mayor de los hermanos.

—Parece que el señor Kendrick no está aquí; su cabeza debería sobresalir de las de los demás.

—Antes le vi —aseguró Esley, anticipándose a la respuesta de Norton—. Pero quizá se haya retirado.

—Pues es muy poco curioso. Lo normal…

—Allí está… —señaló Norton, por un lado del grupo de clientes —. Sentado en un sillón.

Murdock fue hacia allá. Y mientras se acercaba a Adam Kendrick, lo contemplaba con curiosidad. Le dio la impresión de un joven tigre aburrido, tumbado en el sillón con indolencia; ausente la mirada, como si tuviese muchas cosas en qué pensar…

Acercó otro sillón, y se sentó ante él.

—¿Señor Kendrick?

Adam le miró, lentamente, todavía absorto. Pero de pronto, su mirada se avivó, pareció regresar de una contemplación interior.

—Sí —asintió.

—Soy el teniente Murdock, de Homicidios. He sido encargado de la investigación de este crimen.

—Ah. Bueno, hay investigaciones peores, más complicadas.

—¿Qué quiere usted decir? —se sorprendió Murdock.

—Lo único que tiene que hacer usted es buscar a una persona muy bestia, y ya está. Y le llamo persona no sé por qué.

—¿Muy bestia? ¿Por qué?

—Por lo que he oído, ese viejo avaro ha quedado en un estado espeluznante… No pensará usted que eso lo ha hecho una persona normal, ¿verdad? Tiene que ser muy muy bestia.

—A veces, el asesino se asusta tanto que hace verdaderas barbaridades… —deslizó Murdock—. Se presenta para robar lo que considera un buen botín, es sorprendido quizá, se pone nervioso, pierde la cabeza…

Ahora fue Adam quien miró sorprendido al teniente.

—Según eso… ¿usted cree que esa bestia humana fue al despacho del señor Barrymore a robar?

—¿No? —indagó amablemente Murdock.

—Usted es el policía, no yo.

—¿Sabe usted cuál es la característica básica de un buen policía, señor Kendrick?

—No sé… —Una lucecita irónica apareció en los grandes ojos grises de Kendrick—. ¿Quizá desconfiar de personas que no tienen un cochino centavo y que han sido advertidas de que deben pagar su cuenta y demás gastos del hotel… o marcharse entre dos policías?

—No —sonrió Murdock—. La principal característica de ese hipotético buen policía es *escuchar*.

—Escuchar… ¿qué?

—Todo lo que a otras personas se les ocurra decir. Por eso, me gustaría escucharle a usted… ¿No cree que esa bestia humana fue al despacho del señor Barrymore a robar?

—No. No lo creo.

—¿Por qué?

—No sé. Simplemente, creo que fue a matarlo.

—¿Expresamente a matarlo?

—Sí.

—Pero se han llevado el dinero…

—A nadie le amarga un dulce.

—Claro… Me gustaría que fuese un poco más explícito, señor Kendrick. Por fuerza tiene que pensar usted alguna teoría determinada para decir que la bestia humana fue expresamente a matar. ¿Por qué?

—No se va a robar con un cuchillo de carnicero, o poco menos.

—Ah… ¿Usted ha robado alguna vez?

—No —sonrió de pronto Adam—. Lo máximo que he hecho ha sido dar sablazos a algunos amigos. Pero, desde luego, si fuese a robar no llevaría un cuchillo.

—¿Qué llevaría usted?

—Supongo que una pistola, preferiblemente con silenciador. O alguna porra…

Ambas armas son mucho más cómodas y limpias que un cuchillo. ¿Se supone que el asesino entró por la ventana?

—Por el momento, sí, suponemos eso. Todo parece confirmar que el señor Barrymore estaba delante de la caja fuerte, y que la… bestia humana entró por la ventana, sin que él se diese cuenta…

—¿Y la emprendió a cuchilladas con él?

—Evidentemente.

—Debe gustarle mucho la sangre. No sé usted, teniente, pero yo le habría dado un buen porrazo al señor Barrymore, habría tomado el dinero de la caja, desde luego, y me habría marchado. Me parece que no habría perdido mucho tiempo en darle cuchilladas.

—No está mal pensado —sonrió Murdock, contemplando con interés al gigante rubio—. Me han dicho que usted está un tanto escaso de dinero, señor Kendrick.

—¿Un tanto escaso? Vaya, su informante ha sido muy amable conmigo: la verdad es que no tengo ni un maldito dólar.

—Seguramente, estaría usted dispuesto a cualquier cosa con tal de tener aunque sólo fuese un maldito dólar, ¿no?

—No… —sonrió maliciosamente Adam—. Desde luego que no. Y se lo puedo demostrar: esta misma tarde he rechazado un contrato por cinco mil dólares para trabajar en una película.

—¿Por qué? —se sorprendió Murdock.

—No me gustaba el papel.

—Caracoles… Puestas así las cosas…

—¿Sabe usted cuál es la característica básica de los hombres

fuertes como yo, teniente?

—Pues, no… ¿Cuál?

—Que generalmente no nos gusta hacer daño ni a un insecto. En cuanto a matar a un ser físicamente tan inofensivo como el señor Barrymore, utilizando un cuchillo… —Adam movió la cabeza desaprobativamente—. Mire, conozco por lo menos veinticinco golpes con cada uno de los cuales podría matar a una persona casi tan fuerte como yo. No sé si me explico.

—Me parece que sí… Adiós, señor Kendrick.

—¿Puedo retirarme a descansar? Quizá mañana tenga que dormir en un parque público…

—Aproveche su última noche de buena cama —sonrió Murdock.

—Y a propósito de aprovechar… ¿no tendría usted un cigarrillo que le sobrase?

El teniente Murdock casi se echó a reír. Sacó su paquete de cigarrillos, retiró uno, que se puso entre los labios, y tendió el resto a Kendrick, que alzó las cejas, sorprendido, interrogante.

—Es por si se despierta de noche —dijo Murdock.

—Buena idea. Gracias, teniente.

Encendió uno allí mismo, se guardó el paquete y se fue hacia la conserjería. Quedó unos segundos delante del mostrador. Luego, volvió la cabeza, vio que Esley estaba de nuevo charlando con el teniente, y tomó él mismo la llave. Se metió en el ascensor, pulsó el timbre del tercer piso, reflexionó… y apretó el de paro cuando la cabina estuvo en la segunda planta. Salió, fue hacia la puerta señalada con el número 211, y llamó.

—¿Quién es? —Oyó la voz femenina a los pocos segundos.

—Un hombre abundantemente guapo —replicó Adam.

—Un… un momento, por favor, señor Kendrick…

La puerta tardó todavía casi veinte segundos en ser abierta. Adam entró, y echó un vistazo casi feroz a Jennifer Wells, deliciosamente presentada en salto de cama de color azul claro.

—¿Qué desea, señor Kendrick? —urgió ella, con voz tensa.

—Solamente quería saber si está usted bien.

—¿Yo? Sí… Sí, claro… Muy bien.

—Sí. —Adam la miró de arriba abajo—. ¿No se ha enterado de lo sucedido?

—No, no…

Adam quedó estupefacto.

—¿No se ha enterado de que han acuchillado al señor Barrymore padre como si fuese un cerdo que había que descuartizar?

—Bueno, sí… Sí, claro, algo he oído…

—Entonces, ¿por qué ha dicho que no?

—No… no sé…

—La veo muy nerviosa, señorita Wells.

—No, no…

—¿No?

—Bueno, sí… Sí, un poco…

—¿Sólo un poco?

—Sí… Un poco. Un poco.

Adam Kendrick estuvo unos segundos mirándola con gran atención, en silencio, mientras Jennifer Wells parecía no saber adónde mirar ni qué hacer con las manos.

Además, estaba pálida.

—¿De verdad se encuentra bien? —susurró por fin.

—Sí, sí. Muy bien. Gracias… Gracias por su interés, señor Kendrick.

—No tiene importancia. —Adam desvió la mirada—. La verdad es que he venido a despedirme de usted, señorita Wells.

—¿A despedirse…?

—Sí. Mañana mismo, si el teniente Murdock lo permite, me marcho del hotel. No sé si a otro hotel donde confíen en mí algunas semanas, o directamente a la cárcel.

Depende de los nuevos dueños del hotel, ¿usted comprende?

—Sí… Sí, comprendo. ¿Y… y no habría modo de que usted se quedase…?

—Tiene que ser de una de estas dos maneras: o me encuentro un billete de mil dólares, o los hermanos Barrymore deciden seguir confiando en mi muy próxima buena estrella. ¿Debo entender que usted preferiría que me quedase?

—Oh, no. —Jennifer Wells se retorcía los dedos como si pretendiese romperlos—. ¡No, claro que no!

Adam miró las bonitas manos, los dedos entrelazados… Luego, el pálido rostro de Jennifer Wells.

—Adiós, señorita Wells —tendió su manaza—. Me habría gustado convivir más tiempo con usted, pero…

—Adiós —le tendió ella la manita, muy fría, rígida—. Adiós, señor Kendrick.

De nuevo estuvo Adam mirándola atentamente unos segundos. Por fin, salió de la habitación 211, y emprendió la subida hacia la suya, en el tercer piso.

Dentro de la 211, Jennifer Wells estaba inmóvil, mirando la puerta por la que acababa de salir Adam Kendrick, con los ojos muy abiertos. De pronto, se mordió los labios, dio media vuelta y fue a sentarse en el borde de la cama.

«No sé qué hacer —pensó—. Y además, creo que estoy loca. ¿Qué tiene que ver lo que ha pasado con lo otro? Ha sido una casualidad, eso es todo. Algún… algún ladrón ha venido a robar al hotel…».

Se puso en pie, abrió el armario y sacó la maleta.

De la maleta, sacó un sobre en el que constaba su nombre, y su dirección en Kanab, Utah. Y del sobre una carta, que leyó una vez más… ¿Cuántas veces la había leído desde que la recibiera? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Mil? Volvió a guardar la carta, y de nuevo se sentó en el borde de la cama.

—Creo —decidió— que lo mejor es esperar. Estoy segura de que todo se arreglará, y tendrá una… explicación razonable. Sí, eso es lo que voy a hacer esperar…

CAPÍTULO IV

—¿Esperar? —masculló Adam Kendrick—. ¿Qué es lo que tengo que esperar? ¿Dónde están los dueños del hotel?

—No lo sé, señor Kendrick —sonrió el conserje que ocupaba el lugar de Esley Barrymore aquella mañana—. Sólo sé que me dijeron que si usted quería marcharse del hotel, le pidiera que esperase antes de hacerlo.

—No tengo por qué esperar. Escuche, he hecho mi equipaje, y en lugar de largarme como un gusano, esto es, escondiéndome bajo tierra, aquí me tiene, pase lo que pase. Ahora, dígame qué es lo que he de esperar, o me largo… lo cual, a fin de cuentas, es lo que ayer noche me dijeron sus jefes actuales. ¿Lo entiende?

—Sí, señor. Pero yo tengo orden de rogarle a usted que espere… por favor.

Naturalmente, ocupando de nuevo su habitación, señor Kendrick.

—Ah… ¿De veras? Bueno, ¿y por qué?

—No lo sé. Lo único que sé es que su cuenta ha sido pagada.

Adam se quedó con la boca abierta.

—¿Han pagado mi cuenta? —pudo exclamar segundos después —. ¿Quién?

—Eso lo sabe el señor Barrymore. En definitiva, señor Kendrick, no tiene usted por qué marcharse… y los empleados del hotel nos alegramos mucho de ello.

Adam Kendrick no salía de su asombro. Se rascó la nuca, reflexionó, alzó las cejas, vaciló… Por fin, alzó su maleta, y tomó de nuevo la llave de la 307.

—Bueno, hace un día estupendo hoy, ¿no es cierto? Si viene algún productor importante en mi busca, estoy en la piscina… O

quizá jugando al tenis con algún suicida que quiera apostarse unos dólares a cinco sets. ¿Qué pasará si a media mañana pido unos tragos… y le digo al camarero que los ponga en mi cuenta?

—Estaremos encantados de servirle, señor Kendrick.

—¿Qué le parece…? Caramba, estoy deseando hablar con el señor Barrymore.

Cuando regrese, dígaselo.

—Así lo haré, señor Kendrick.

—¿Qué le parece…?

A las doce y cuarto de la mañana, bajo un sol radiante, terminó el *match* en la pista 2 del Indio Hotel, entre Adam Kendrick y el también apuesto y atlético (aunque menos, claro) míster Cavendish, con la derrota de este último por

5-7,

4-6,

6-0,

6-0

y

6-0.

Uno de los botones, que al parecer conocía bien a Kendrick, le dijo a otro:

—Lo ha hecho a propósito… Le ha dejado ganar dos sets para que el partido fuese animado, pero como el señor Cavendish ha comenzado a fanfarronear y a mirarle irónicamente, lo ha aplastado en los tres últimos sets. Te lo digo yo, que conozco al señor Kendrick. Seguro que le ha ganado cien dólares, por lo menos… Y ahora, va a invitar a la chica que le parezca más guapa de las que han estado presenciando el partido. Ya verás…

Mientras el botones con tan formidables dotes de vidente hablaba, Adam Kendrick había llegado ante la mesita protegida con parasol a la cual estaba sentada Jennifer Wells.

—Hola —le sonrió—. ¿Le ha gustado el partido?

—Juega usted muy bien, señor Kendrick.

—Yo hago bien cualquier cosa que sea deporte —aseguró con toda naturalidad Adam—. Sin embargo, esta mañana he estado a punto de perder cien dólares… que no tengo, por culpa de usted.

—¿Por culpa mía? —se sorprendió Jennifer.

—Sí… La he mirado con demasiada frecuencia, y eso, claro está,

me distraía.

—¿Y por qué me miraba?

Adam frunció el ceño.

—No me diga que usted ignora que está hecha un bombón, señorita Wells.

—¡Oh! Bueno, yo…

—¿Puedo sentarme? Me gustaría invitarla a un «Americano Loco».

—¿A un… qué? Oh, sí, por favor, siéntese.

—Gracias. ¿No sabe lo que es un «Americano Loco»? —Adam sonrió simpáticamente—. Pues es algo así como yo, pero en bebida. O sea, que tiene que gustarle.

—Entonces —sonrió también Jennifer—, tomaré ese «Americano Loco», desde luego.

—Eso quiere decir —se sentó el atleta— que yo le gusto.

—No lo sé. Todavía no he probado el «Americano Loco»… ni le he probado a usted.

—Caray… Bueno, ambas cosas son muy fáciles.

—Por el momento —rió Jennifer—, probaré el «Americano Loco».

—Es un modo como otro cualquiera de empezar la buena vida. —Adam miró a uno de los camareros, y le hizo una seña que, evidentemente, fue interpretada con toda exactitud; con la toalla que se había colocado alrededor del cuello se limpió el sudor, mirando ahora fijamente a la muchacha—. ¿Se encuentra mejor?

—¿Mejor? No comprendo…

—Anoche estaba… bastante alterada. Pero supongo que sería debido a lo sucedido con el pobre señor Barrymore. Tengo entendido que era un hombre tacaño y antipático, pero, vamos, morir así… ¿No vio usted el cadáver?

—No, no.

—Mejor. Oiga; ¿de verdad no ha venido usted a convertirse en un *sex-symbol* del cine? ¿De verdad?

—De verdad. Pero gracias por el elogio que sus palabras implican, señor Kendrick.

—Yo soy uno de esos tipos tontorrones que dicen siempre la verdad. Incluso de mí mismo, como por ejemplo eso de que soy desorbitadamente guapo.

—Abrumadoramente —rió Jennifer.

Eso, sí: abrumadoramente. Pues lo soy, así que sería una tontería andar por ahí diciendo que soy feo, jorobado y patituerto, ¿no le parece? Lo mismo pasa con usted. Si está como un portaaviones, ¿por qué demonios no decirlo? Y otra cosa: se me está ocurriendo una idea sensacional para los dos.

—¿Qué idea?

—Podríamos formar pareja. De momento, en el cine. Luego, si se portaba bien, quizá le permitiese ponerse mis pijamas.

Jennifer volvió a reír.

—Me parece que me perdería dentro de uno de sus pijamas, señor Kendrick.

—No crea: son de verano, de esos de pantalones cortitos. Horrendos, pero muy prácticos y frescos. A usted, el pantalón del pijama le llegaría por las rodillas, más o menos.

—¿Y la chaqueta?

—Bueno… —vaciló Adam—. Podría servirle de bata, claro. Y dígame: ¿qué le parece mi idea? Cualquier productor se volvería loco de alegría si podía contratarnos juntos. Naturalmente, estoy dispuesto a partirle la cara a cualquiera que se atreva a decir que usted y yo no seríamos la pareja más bella del cine.

—Lo pensaré —aseguró Jennifer, conteniendo la risa—. Pero hay un detalle que parece usted olvidar, señor Kendrick: ¿cuánto nos pagaría su agente, el señor…?

—Loomis. Percy Loomis… Porque supongo que se refiere al gordito comepapel, ¿no es así?

—Sí, claro. ¿Cuánto nos pagaría en conjunto?

—Es algo en lo que tendremos que ponernos de acuerdo. Se lo diré a Percy en cuanto venga.

—¿Va a volver? —se sorprendió Jennifer.

—¿Percy? ¡Naturalmente! El siempre vuelve… La verdad es que tengo desesperado a ese pobre hombrecillo. Siempre me dice que si no fuese por mi pésimo carácter ya me habría puesto en órbita… y no a cinco mil dólares por contrato, no. Pero ¿qué quiere? Cada uno es como es. A mí, eso de que un intelectualoide con aspecto de cretino desnutrido me diga tonterías, me chincha un horror.

—¿Y no será, señor Kendrick, que el cine no es lo suyo? A lo mejor, como profesor de…

—¡Señorita Wells! ¡Si usted va a insistir en invitarme a trabajar de profesor de educación física, la voy a tirar de cabeza a la piscina, con un saco de cien dólares en calderilla atado a los pies con cadenas de plomo!

—Mi intención…

—Se lo advierto: voy a buscar cien dólares en calderilla. Oh, caramba, ahí llegan nuestros «Americanos Locos». Tenga la exquisita bondad de decirme qué le parecen.

El camarero llegó con los «Americanos Locos», y Adam se quedó mirando expectante a Jennifer cuando ésta bebió el primer trago. La vio enrojecer, abrir la boca, toser, estremecerse…

—Dios mío —jadeó la muchacha.

Es bueno, ¿eh? —Se entusiasmó Adam—. Lo he inventado yo.

Dios mío…

—Deje de orar y siga bebiendo. Beba, beba, guapita.

—Pero esto… es terrible. ¡Hasta podría hacerme un agujero en el estómago!

—Qué va… Lo que pasa es que lo llena de llagas ardientes y eso despierta un deseo tremendo de comer, para apagar el fuego. Es todo un aperitivo, ¿no cree?

—Creo… creo que voy a pedir… un poco de agua…

—No, si ya la traen siempre que pido un «Americano Loco». ¿Verdad, Larry?

—Sí, señor —contuvo su risa el camarero, depositando un vaso con agua delante de Jennifer.

La cual comenzó a beber ávidamente. Y mientras ella bebía, Adam se dio cuenta de que estaba mirando algo tras él que despertaba su interés. Sin disimulo alguno, volvió la cabeza, y vio acercándose por el jardín al teniente Murdock y a Norton Barrymore… al parecer, directos hacia ellos. De pronto se detuvieron los dos, cambiaron unas palabras, y Norton Barrymore siguió caminando, mientras el policía se quedaba esperando.

Cuando Barrymore se detuvo junto a la mesa, Jennifer parecía encontrarse mejor, pero poco dispuesta a seguir con el «Americano Loco».

—Señorita Wells, perdone —murmuró Norton—. El teniente Murdock querría hablar con usted unos minutos, si no tiene inconveniente.

—¿Conmigo? —Palideció ella—. ¿Por qué?

—No lo sé. Esta mañana hemos estado juntos la mayor parte del tiempo, cumpliendo formalidades en la Morgue y charlando de todos los clientes del hotel. Él ha hecho una lista, y parece que quiere comenzar por usted.

—¿Conmigo no? —sonrió Adam.

—No… Por el momento, no, señor Kendrick.

—Bien —murmuró Jennifer—. Voy a hablar con el teniente. Gracias por su invitación, señor Kendrick.

—Llámeme Adam, Jenny. Y si el sabueso la molesta, grite: yo iré allá y le partiré la cara.

—Espero —sonrió temblorosamente Jennifer— que no será necesario.

—Pues mejor para el teniente. Hasta luego… Ah, Norton: ¿puede dedicarme un par de minutos?

—Por supuesto, señor Kendrick —aceptó Barrymore en el acto.

—Será mejor que se siente, y termine el «Americano Loco» de la señorita Wells.

—Me sentaré —respingó Barrymore—, pero desde luego, si no le ofende, prescindiré de su invitación.

—Bueno, me tomaré dos esta mañana. Veamos… ¿Qué es eso de que puedo quedarme, de que han pagado mi cuenta del hotel?

—Así es. La señorita Wells lo hizo.

—¿Jenny ha pagado mi cuenta? —musitó Adam.

—Sí, claro… ¿Ella no se lo ha dicho?

—No.

Bueno, quizá he sido indiscreto, pero ella no me advirtió que…

Dejaremos eso, por el momento. ¿Cómo va el asunto con el teniente Murdock?

—Estamos… arreglando las cosas. En vista de cómo sucedió todo, he podido convencer al teniente para que no le hagan la autopsia a mi padre, y esta misma tarde lo enterraremos.

—Ya sabe usted que siento lo sucedido, ¿verdad, Norton?

—Estoy seguro de ello. Y eso, a pesar de que anoche mi padre me obligase a ponerle en aprietos. Debo decirle que, después de lo ocurrido, usted habría permanecido en el hotel, aunque la señorita Wells no hubiese pagado su cuenta hasta el día de hoy incluido.

—Muchas gracias. ¿Podré acompañarles al cementerio?

—Oh, sí… ¡Por supuesto, señor Kendrick, gracias!

—Luego concretaremos eso. Ahora… ¿podría saber qué tienen que hablar la señorita Wells y el teniente?

—Pues… Oh, es una tontería.

—Me encantan las tonterías.

—Bien… Verá usted, anoche fueron halladas por la policía unas huellas de pies pequeños bajo la ventana del despacho de mi padre, y el teniente está convencido de que corresponden al asesino… Es decir, a la asesina, pues parece que esos pies, o sea esas huellas, corresponden a pies de mujer. Hasta ahora nada había ocurrido en este hotel, y como la señorita Wells llegó precisamente ayer…

—Entiendo —murmuró Adam, notando un enorme desasosiego —. Eso quiere decir que el teniente sospecha de la señorita Wells.

—No… no lo sé. A mí me parece una barbaridad, pero… Yo no entiendo de estas cosas, señor Kendrick. Por otra parte —el gesto de Norton cambió de pronto asombrosamente, se tomó duro, colérico —. Bueno, si realmente eso lo hizo una mujer, no creo que fuese la señorita Wells.

—¿No? ¿Qué otra mujer, entonces? —se interesó grandemente Adam.

—Pudo haber sido perfectamente mi tía Ruth. Ruth Barrymore, de soltera Dreyer.

—Caray, Norton… ¿Se da cuenta de lo que dice?

—Por supuesto. Cosa de familia… Ruth se casó con tío John, hermano de mi padre, pero… Bueno, cosas que pasan en la familia. Tío John no pudo soportarla, y la dejó. Incluso prima Ginger, la hija de tía Ruth, hace tiempo que no vive con ella… Es una mujer… insoportable, cruel, desagradable.

—Caray. Bueno, Norton, pero de eso a cometer un asesinato como el de anoche…

—Tampoco usted quiere creerlo, ¿verdad? Igual que el teniente Murdock. Sin embargo, tarde o temprano el teniente, a poco bien que haga su trabajo, se dará cuenta de que las investigaciones van apuntando hacia tía Ruth.

—La verdad, no sé qué decir…

Quedaron silenciosos los dos durante medio minuto. Por hacer algo, Adam bebió otro trago del «Americano Loco». Por fin, Norton Barrymore lo miró, y sonrió forzadamente.

—¿Me permite, señor Kendrick? Tengo muchas cosas que organizar…

—Por supuesto. Luego pasaré por su despacho para que me oriente hacia el sepelio.

—Sí, está bien… Gracias de nuevo.

Adam Kendrick quedó solo sentado a la mesa que en principio había ocupado Jennifer Wells. A la cual, por cierto, no veía. Ni al teniente Murdock, por supuesto.

—Naturalmente —murmuró Adam—. Jenny está muy afectada, yo diría que más de lo normal en un caso así, en el que a ella, según parece, no se le ha perdido nada. En cuanto a la tía Ruth…

Movió la cabeza, como rechazando la idea. El sí había visto el cadáver de Charles Barrymore, sabía muy bien cómo había quedado después de recibir aquella media docena de puñaladas. Y la idea de que una mujer, fuese Jennifer Wells o la tía Ruth, hubiese podido hacerlo, no le pareció aceptable. Quien había hecho aquello era una bestia humana, sí… Y ciertamente, Adam Kendrick seguía pensando que había ido al hotel a matar a Charles Barrymore. A nada más. El hecho de que le hubiese encontrado con la caja fuerte abierta le había inducido a quedarse con el dinero. Lo cual no sólo era lógico en todo caso, sino que podía desorientar las pesquisas policiales, desviándolas hacia la búsqueda de un ladrón, no de un asesino que ha ido directamente en busca de su víctima…

Vio aparecer al teniente Murdock poco después, y acudió rápidamente a su encuentro.

—Hola, sabueso —sonrió—. ¿Cómo van las pesquisas?

—Regular —sonrió también Murdock—. Parece que es usted un hombre de suerte, señor Kendrick.

—Sí —admitió Adam—. Me pagan la cuenta del hotel, gano cien dólares a un tipo que se creía un Stan Smith jugando al tenis… Las cosas se arreglan solas para las personas de buena voluntad. ¿Le ha tomado ya las huellas dactilares a la señorita Wells?

—Todavía no —sonrió de nuevo Murdock.

—¿Y qué me dice de la tía Ruth?

Murdock frunció el ceño.

—El señor Barrymore debería ser más discreto —murmuró—. Estamos investigando un asesinato, al fin y al cabo.

—Perdón —entornó los ojos Adam—. ¿Ha dicho usted un

asesinato… o un robo con homicidio forzado por las circunstancias?

—Además de su sugerencia de anoche —murmuró el teniente—, han ido apareciendo ciertos detalles que me inclinan a pensar en el asesinato, señor Kendrick. Por ejemplo, estamos seguros de que las huellas de pies descalzos encontrados bajo la ventana del despacho corresponden a una mujer. Así las cosas, tenemos que pensar que fue un asesinato.

—¿Por qué?

—Si las huellas fuesen de hombre, podríamos pensar que el ladrón llevaba una navaja, y la utilizó en determinado momento al verse en apuros, o comprometido.

Pero no es frecuente que una mujer lleve una navaja de tan considerable tamaño.

—¿Quiere usted decir que la mujer se procuró el arma y fue a por Charles Barrymore?

—Podría ser eso.

—Sí, podría ser. ¿Es sospechosa la señorita Wells?

—Quizá.

—Oh, vamos, teniente… ¿Tengo cara de ir parloteando por ahí como un loro?

—Pues, no —sonrió de nuevo Murdock—. Mmm… Bueno, realmente la presencia de la señorita Wells aquí es un poco… extraña. Dice que ha venido por asuntos personales, simplemente, pero no quiere decir cuáles son.

—A lo mejor —deslizó Adam—, a la policía no le importan esos asuntos.

—Es posible. Pero yo creo que cuando una persona no habla claramente es porque tiene algo que ocultar.

—Sí… —admitió Adam—. Es cierto. En resumen: ¿qué le ha dicho la señorita Wells?

—Es maestra en un pueblo llamado Kanab, en Utah. Parece que hay allí un gran conjunto escolar especialmente dedicado a niños minusválidos, o algo así. Eso es todo lo que me ha dicho. Oh, y también me ha dicho que puedo pedir informes de ella en ese lugar o donde guste. Señor Kendrick: ¿no le parece extraña la actitud de la señorita Wells?

—Sí.

—Ah… ¿Le resulta simpática, sin embargo?

—Mucho. Es un bombón que, además parece inteligente.

—¿Le gustaría… jugar a policías, señor Kendrick?

—¿Qué quiere decir?

—Puesto que de todos modos usted parece hallarse a gusto junto a la señorita Wells, quizá pudiese encauzar la conversación de manera que ella le dijese más cosas que a mí. No lo hago por mí —se apresuró a añadir—, sino por ella misma, pues en cuanto encuentre una justificación razonable a su presencia en este hotel, la dejaré tranquila.

—Teniente, es usted un zorro.

—¿Acepta?

—No sé. Ya veremos… Oiga: ¿yo ya no le resulto sospechoso?

—Sí.

—¿Sí? —Respingó Adam.

—Señor Kendrick: para que yo no sospechase de todas las personas que me rodean, en un caso de asesinato, tendría que estar muerto y enterrado.

CAPÍTULO V

—Que descanse en paz —suspiró Norton Barrymore—. Ya no podemos hacer nada más por él. Ha sido usted muy amable, señor Kendrick. Y un acompañante muy eficaz y atento. Gracias.

—Yo soy persona que sabe corresponder. ¿De verdad no puedo hacer más, Norton?

Norton Barrymore miró con expresión fatigada a su alrededor. Estaban en el despacho del hotel; despacho que ahora ocuparía él, no ya sólo como director, sino como copropietario, con su hermano Esley, que de pie junto a la mesa miraba con simpatía a Adam Kendrick. Habían regresado hacía unos minutos, y los Barrymore habían ofrecido un trago a Adam, en el despacho. Pero ya, realmente, ¿qué más se podía hacer? Charles Barrymore estaba muerto y enterrado. Fin.

—Nada más, de veras —suspiró de nuevo Norton—. Además, ya es la hora de la cena, y usted no tiene por qué perder el apetito. En cambio, mi hermano y yo tenemos muchos asuntos que resolver aquí.

—Entendido… —Adam se puso en pie—. Hasta luego.

—Adiós, señor Kendrick. Y repito: gracias.

Adam salió del despacho, y durante unos segundos, los dos hermanos quedaron silenciosos, cada uno sumido en sus pensamientos. Por fin, Norton dijo:

—Bueno, habrá que empezar a trabajar, Esley.

—¿Para qué? Sabemos muy bien cómo funciona el hotel, y en cuanto al testamento de papá, está bien claro: todo lo suyo va quedando para nosotros, para su familia. No tengo ganas de estar ahora metido entre papeles, Norton.

—Quizá tengas razón —admitió el hermano mayor—. Pero no

quisiera dejar para mañana algunos detalles. Los dos hemos sentido la muerte de nuestro padre, pero hay que seguir adelante… Y mañana mismo quisiera que el hotel siguiese funcionando… como si nada hubiese ocurrido. Ayúdame aunque sea una hora, hombre.

—Está bien… —refunfuñó Esley—. Una hora, ¿eh?

Se pusieron a trabajar. Por la ventana entraba una brisa caliente, de bochorno. Durante un buen rato, ni siquiera repararon en ello. Quedaron tan absortos en el trabajo, que se limitaron a quitarse la chaqueta. Cambiando comentarios, examinando papeles, contratos con proveedores y otros detalles, el tiempo fue pasando, sin que Esley pareciese recordar que se había ofrecido a ayudar a su hermano sólo por una hora.

Pero finalmente alzó la cabeza de pronto, y gruñó:

—Ya sé lo que pasa.

—¿Qué…? —Lo miró desconcertado Norton—. ¿Qué pasa, qué?

—El acondicionador de aire no funciona. Está tal como lo dejó anoche papá: apagado. Y la ventana, abierta. Y claro, todo el día está entrando aquí el calor del sol, y ahora esto es un horno…

—Podemos cerrar la ventana y poner en marcha el acondicionador —comenzó a levantarse Norton.

—Deja, yo lo haré. Y otra cosa: si tú quieres seguir, pues muy bien, pero yo me largo a tomar el fresco.

—Seguiré unos minutos más.

—Bueno, nos veremos para cenar, dentro de quince minutos. ¿Tendrás suficiente tiempo?

—Sí, vale.

Esley cerró la ventana, aspirando el aire más fresco del jardín. Luego, puso en marcha el acondicionador de aire.

—Y desde luego —refunfuñó—, cambiaremos este trasto por un aparato moderno. No tenemos por qué pasar calor.

—Sí, sí, muy bien… —replicó Norton, distraído.

Esley lo miró, encogió los hombros y salió del despacho. Segundos después aparecía en el jardín, fumando un cigarrillo… Caminó hasta que, por la ventana del despacho, vio a Norton inclinado sobre la mesa, todavía trabajando. Bueno, allá él.

Miró hacia la piscina, por entre los pinos y los grandes arbustos de flores. Se oían fuertes chapoteos, y risas. Y se olía a flores…

«Maldita sea mi estampa… —pensó Esley—. Dios sabe que no

me alegro de la muerte de papá, pero creo que ahora Norton y yo viviremos mejor, más de acuerdo a nuestras posibilidades. Era un hombre raro… Demasiado personal en todo, incluso egoísta. Y sé muy bien que no respetaba nada cuando quería una cosa…».

Ahuyentó los desagradables pensamientos, diciéndose que, a fin de cuentas, se trataba de su padre, y que ya, jamás, volvería a verle. Consiguió centrarse en lo que le rodeaba, pensar en la nueva vida, mucho más agradable, que les esperaba a él y a Norton. Esto era triste, pero cierto.

Sí… Olía a flores, oía los chapoteos, las risas. Allí, en la oscuridad, se estaba bien, hacía un fresquito agradable… A su espalda, y por encima suyo, estaban las terrazas de las habitaciones de aquella parte del hotel. El Indio Hotel… ¿De quién había sido la idea de ponerle aquel nombre? No lo recordaba, pero por supuesto debió haber sido de su totalitario, autoritario padre. Lo que sí recordaba era que, años atrás, cuando eran unos muchachos, Norton y él iban por las noches a aquella parte del hotel, y se escondían entre los arbustos, o, preferentemente, se subían a uno de los pinos, con unos gemelos, para mirar hacia las terrazas, pues sabían que algunas noches hacía tanto calor que muchos clientes salían a tomar el fresco en la terraza, protegidos en la oscuridad. Pero no tan total como les habría convenido, porque desde lo alto de un pino, dos muchachos atisbaban…

Esley Barrymore movió la cabeza, sonriendo. Aquello había estado muy mal, desde luego. Cosa de muchachos. Veían mujeres, parejas que se besaban… Todo pasa.

Incluso la vida misma.

Y eso le ocurrió a Esley Barrymore: su vida pasó.

Estaba sonriendo al influjo de sus recuerdos cuando la sombra apareció por detrás de él. Hizo un ruido al quebrar una ramita de un arbusto, y Esley, creyendo que su hermano acudía a reunirse con él, se volvió, sonriendo.

—Estaba recordando cuan…

El primer golpe de pico le alcanzó en lo alto y en el centro de la cabeza.

No era un pico, realmente, sino una azada de jardín, con cuchilla a un lado y punta en el otro. De menor tamaño y menos peso que un pico, pero eso no tuvo importancia: la aguda punta de

acero se hundió en el cráneo de Esley Barrymore con toda facilidad, fulminándolo sin que tuviese tiempo de gritar siquiera.

Estaba tendido en el suelo, de bruces, cuando el pico volvió a hundirse en su carne, destrozando algunas vértebras de la espalda. De nuevo se alzó el pico, y, justo cuando por tercera vez se estaba abatiendo sobre Esley, comenzó a sonar el grito de terror, por encima de víctima y asesino:

—¡AAAAAAAAAAAAAA…!

La punta de acero llegó a caer por tercera vez. Luego, la persona que la había manejado saltó hacia los arbustos, desapareciendo en la oscuridad, que parecía romperse en mil pedazos bajo las vibraciones del grito que ya era alarido:

—¡AAAAAAAAAAAAAAA…!

CAPÍTULO VI

A decir verdad, el teniente Murdock estaba tan pálido como el propio Norton Barrymore, mientras, a las luces de los focos que había hecho colocar en el jardín, contemplaban el cadáver de Esley.

Una luz fría, cruda, que hacía destacar la todavía mayor palidez del muerto. No había sido movido, pero su cabeza había quedado finalmente de lado, con la mejilla derecha sobre el césped, de modo que podían ver bien el ojo izquierdo, desorbitado, y la boca abierta en un gesto de terror y dolor…

Por fin, Murdock dejó caer la manta que había sido traída del almacén del hotel, y se alejó unos pasos, tomando al tembloroso y desmoralizado Norton por un brazo.

—Será mejor que nos alejemos de aquí, señor Barrymore.

Norton no contestó. Le colgaba el labio inferior, y su expresión era de alucinado. Como si en su mente se hubiese producido un apagón parcial, de modo que no podía comprender lo que veía y oía… Veía y oía, pero no asimilaba.

Allí, en el jardín, quedó la policía, unos manteniendo alejados a los clientes del hotel, otros esperando que el forense terminase para empezar a buscar huellas, indicios.

El teniente Murdock dejó a Norton Barrymore sentado en uno de los sillones del vestíbulo del hotel, donde los clientes estaban de nuevo cambiando excitadísimos comentarios. De pie junto a una de las grandes macetas, Murdock vio a Jennifer Wells y a Adam Kendrick, que le estaba mirando fijamente. El policía vaciló, y finalmente optó por no ir hacia ellos, sino hacia la mujer que en aquellos momentos era el centro del máximo interés, rodeada de personas que le hacían preguntas.

—Señora Baines, por favor —llamó Murdock.

Se separaron los dos del grupo. La señora Baines era una joven muy atractiva, y de modo especial en aquellos momentos, en que sólo llevaba una bata cortísima.

—Me gustaría hablar con usted de nuevo, ahora con un poco más de tranquilidad —murmuró Murdock—. Veamos: usted estaba en la terraza, esperando a su marido, que estaba resolviendo cierto contrato para los dos en Los Angeles.

¿Todavía no ha vuelto él?

—No, no.

—Bien. Estaba usted sola en la terraza…

—Muy ligera de ropas, tomando el fresco. Naturalmente, hay refrigeración en el hotel, pero en ocasiones incluso produce demasiado frío. Además, es artificial. En cambio, en la terraza no sólo se respira un aire naturalmente fresco, sino que se huelen las flores del jardín.

—Sí, entiendo —la miraba con curiosidad Murdock—. Bien, allá estaba usted, y…

—Vi aparecer al señor Barrymore.

—¿Lo reconoció enseguida?

—La verdad es que no, porque esa parte los jardines no están excesivamente iluminados. A propósito, ¿comprende?, porque es muy agradable pasear a la luz de la luna por…

—Sí, claro. Estaba oscuro, pero vio al señor Barrymore… ¿Cómo es eso posible?

—Iba fumando. Desde la terraza vi la brasa de un cigarrillo, y eso llamó mi atención. Entonces me fijé bien y vi que era un hombre. Me quedé mirándole.

—¿Por qué?

—Pensé que acudía a una cita con alguien… ¿Comprende?

—Desde luego. Siga, por favor.

—Pero ya se lo he contado antes todo… Vi aparecer una figura de mujer, y pensé que era lógico. Simplemente, una cita, quizá a espaldas de alguien, ¿comprende? La mujer apareció por detrás del señor Barrymore, sigilosamente. Pensé que quería darle una sorpresa, o alguna broma tonta… El señor Barrymore se volvió entonces, diciendo algo… y entonces vi brillar aquello. No supe lo que era, pero sí vi cómo golpeó en la cabeza del señor Barrymore, y oí el jadeo de la mujer, el gemido de él… El señor Barrymore estaba

cayendo, y vi aquella cosa en el aire. La mujer golpeó otra vez. Y alzó otra vez aquella cosa, que chorreaba… Entonces, grité.

Murdock miraba fijamente a la señora Baines.

—¿Y qué más?

—No sé, no recuerdo bien… Comenzó a llegar gente… No recuerdo. Me encontraba muy mal, porque había comprendido lo que había ocurrido ante mis ojos. Se encendieron algunas luces, y vi al señor Barrymore tendido en el suelo, lleno de sangre… De verdad, no recuerdo muy bien lo que pasó entonces.

—Es natural. Señora Baines: ¿está segura de que la persona que mató al señor Barrymore era una mujer?

—Sí, sí, segura.

—Pero ¿no podría identificarla?

—No… No lo creo. Sólo vi una mujer, no sé… Cabello largo, vestido de mujer…

—¿Ni siquiera podría decirme si era baja o alta, gruesa o flaca, rubia o morena, joven o vieja…?

—No… Lo siento, no. Ya comprendo que usted me ha dado más tiempo para serenarme y reflexionar, pero no he conseguido nada.

—¿Cree que podría identificar a esa mujer si la volviese a ver? —murmuró Murdock.

—No sé —respingó la señora Baines—. Pero no lo creo, la verdad. Oh, Dios mío, ¡no lo sé, teniente!

—Tranquilícese. Es de esperar que su marido regrese pronto y la ayudará a calmarse. Por favor, señora Baines, no se marchen ustedes del hotel sin comunicármelo. ¿Será tan amable?

—Sí… Claro.

—Muchas gracias. Hasta luego.

Murdock se acercó entonces adonde estaban Adam y Jenny, que no habían dejado de mirarlo en aquellos minutos. Y apenas el teniente estuvo ante ellos, Adam masculló:

—Jenny y yo cenamos juntos. Hacia las siete. Luego, fuimos al bar de la terraza de la piscina, y pedimos una botella de champaña. Allí estábamos cuando comenzó el jaleo. Puede preguntar.

Murdock miró sonriente a Jennifer.

—El señor Kendrick la defiende con gran entusiasmo, señorita Wells. Pero no es necesario, porque, en efecto, ya he preguntado. Por otra parte, realmente, no la imagino a usted con un zapapico o

algo parecido clavándolo en la cabeza de alguien.

—Sin embargo, ha sido una mujer, ¿no? —musitó Adam.

—Eso dice la señora Baines.

—Que no será exactamente una mujer —añadió Adam—, sino una bestia humana.

—Sin la menor duda, señor Kendrick. Quería hablar con usted al respecto, precisamente, pues el señor Barrymore —señaló Norton, que parecía fundido en el sillón— no está en condiciones de pensar, de coordinar bien. Dígame: ¿recuerda alguna mujer que haya estado en el hotel y que le pareciese capaz de hacer una cosa así? Se lo pregunto porque entiendo que usted es quien más tiempo lleva aquí, y habrá visto más clientas que los demás.

—Sí, entiendo. Bueno, teniente, la verdad es que no imagino a ninguna mujer haciendo eso.

—¿Qué quiere decir?

—Si usted hubiese trabajado en el cine seguramente lo habría pensado ya, bastan una peluca y un vestido para que se consiga una imagen de mujer. Con más facilidad, una silueta de mujer en la sombra.

—Interesante —parpadeó Murdock—. ¿Eso quiere decir que usted piensa que pudo ser un hombre disfrazado de mujer?

—¿No podría ser? —preguntó a su vez Adam.

—En cuestión de asesinatos, todo puede ser. Bueno, señorita Wells, además de cambiar opiniones siempre interesantes con el… agudo señor Kendrick, me he acercado porque me ha parecido que usted quería hablar conmigo. ¿Es así?

—Sí —musitó Jennifer—. Adam me ha convencido de que no es razonable ocultar nada a la policía.

—El señor Kendrick está resultando un colaborador muy eficiente —sonrió Murdock—. ¿Qué quiere usted decirme?

—Usted me preguntó esta mañana por qué estaba yo en este hotel… —Jennifer le tendió un sobre—. Si lee esta carta lo sabrá. Yo creo que no es asunto de nadie más que mío, pero…

Murdock se quedó mirando el sobre, sin tocarlo.

—Quiero que quede bien claro, señorita Wells, que usted me enseña esta carta por propia voluntad.

—Sí, sí, desde luego.

Murdock asintió con la cabeza, tomó el sobre y extrajo la hoja

de papel. Su contenido:

> «Señorita Wells:
>
> »Le ruego que acuda cuanto antes al Indio Hotel, de Beverly Hills, Los Angeles, donde resolveremos importantes asuntos que la afectan directamente. Por favor, no hable de esta carta con nadie, y perdone que no le diga quién soy. Oportunamente, en el hotel, me presentaré a usted y le daré toda clase de explicaciones. Sea discreta de modo especial con los dueños del hotel. Muchas gracias y hasta pronto».

El teniente releyó la carta, escrita a máquina. Luego, quedó pensativo unos segundos, antes de mirar de pronto a Jennifer.

—¿Se ha presentado ya esa persona autora de la carta, señorita Wells?

—No… ¿Cree que esto tiene algo que ver con lo que está pasando?

—Eso debería saberlo usted mejor que yo… ¿Qué clase de relaciones tiene usted con los dueños del hotel?

—¿Yo? —Abrió mucho los ojos Jennifer—. Ninguna… Jamás los había visto antes, ni sabía nada de ellos.

—No sé. —Murdock se rascó la nuca—. Bueno, podemos esperar a que alguien le hable de esta carta. Mientras tanto, me ocuparé de este segundo asesinato —miró a Adam—. Tenía usted razón, desde luego, señor Kendrick: alguien parece dispuesto a eliminar a los Barrymore. La pregunta clásica es: ¿por qué?

—Yo sólo conozco dos motivos admisibles para hacer una cosa así —dijo Adam—; dinero y odio. Y en este caso, teniendo en cuenta la brutalidad de las muertes, casi descartaría el motivo «dinero».

—Eso quiere decir que si usted fuese teniente de Homicidios buscaría a alguien que odiase a los Barrymore.

—Creo que sí.

—¿Se le ocurre a usted alguien, quizá?

—Los dos estamos pensando en la misma persona, teniente. Y si

añadimos a esto el hecho de que la señora Baines vio una mujer…

—Todo apunta hacia tía Ruth —sonrió prietamente Murdock—. ¿No es así?

—Parece que sí.

Murdock quedó pensativo unos segundos, fruncido el ceño.

—Se me está ocurriendo algo que podría dar buenos resultados… Hasta luego.

Murdock se alejó de ellos, hacia donde yacía Norton Barrymore, que parecía incapaz de reaccionar. Adam abrió la boca para decir algo, pero se abstuvo al ver al botones que apareció ante ellos.

—Señorita Wells, al teléfono —dijo el muchacho, señalando hacia recepción.

Jennifer y Adam cambiaron una mirada. Fueron allá, y ella tomó el auricular descolgado.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo.

—…

—Sí, entiendo. Pero ¿quién es usted?

—…

Jennifer vaciló visiblemente.

—Está bien.

—…

—Oh —la muchacha miró a Adam sorprendida—. Bueno, francamente, eso me tranquiliza mucho. Iremos los dos, sí.

—…

—Hasta ahora…

Colgó.

—¿Quién es? —musitó Adam—. ¿Le conoces?

—No. Es un hombre muy amable. Dice que él me escribió la carta… Tenemos que salir del hotel y caminar Rodeo Drive abajo. Nos recogerá en un coche. Ha dicho que está al corriente de que… he simpatizado con un caballero alojado en este hotel, y que si voy a sentirme más tranquila, podía acompañarme. ¿Vas a venir, Adam?

—Por supuesto.

—¿Crees que deberíamos avisar al teniente?

—Está muy ocupado ahora. Vamos los dos, y ya le pondremos al corriente de lo que sea.

Segundos después, salían del hotel. Y poco más tarde, caminaban por Rodeo Drive… Ni siquiera habían recorrido cien metros cuando un coche se detuvo a su lado, y un hombre se apeó, sonriendo muy amablemente. Alto, elegante, con una flor en el ojal.

—Señorita Wells, tenga la bondad —señaló hacia el coche, muy amable—. Usted también puede venir, desde luego, señor…

—Kendrick.

—Yo me llamo Lamb. Mi amigo que conduce se llama Gower… Estamos a su disposición, señorita Wells. Pero, por favor, será mejor que continuemos la conversación en el coche, si les parece bien.

Entraron los dos en el asiento de atrás. Lamb se sentó al lado del conductor, que les saludó con gesto afable, mirando con simpática sorpresa al gigantesco Adam. El coche reanudó la marcha.

—¿Fue usted quien me envió la carta, señor Lamb? —preguntó Jennifer.

—No, no. Yo sólo fui contratado hace poco para realizar algunas gestiones en Los Angeles para la firma de su padre.

Jennifer no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¿La firma de mi padre?

—Sí… —Lamb se volvió para mirarla un tanto sorprendido—. Bueno, a menos que su padre no sea Carter Wells, claro.

—Claro que lo es… Pero…

—¿Algo no va bien? —se interesó Adam.

—No lo sé… Supongo que todo va bien, pero… Bueno, hace años que no veo a mi padre, ni sé nada de él. Nos separamos por desavenencias personales. A él no le gustaba que yo dedicase mi vida al cuidado de niños minusválidos, y a mí no me gustaba… cómo organizaba él su vida. Nos pareció que lo mejor sería vivir cada uno por nuestro lado. Al principio nos escribíamos, pero poco a poco nos fuimos distanciando más y más, así que hace tiempo que no sé nada de él. ¿Quizá vamos a verlo ahora, señor Lamb?

—¿A su padre? —murmuró Lamb—. Pues, no… No. Bueno, su padre se asoció hace tiempo, según tengo entendido, con el señor Ba… con la persona para la que Gower y yo trabajamos hace poco en Los Angeles, y parece que las cosas les fueron muy bien. Pero no me pregunte más, señorita Wells, porque nada sé.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Adam.

—Gower y yo tenemos alquilado un *bungalow*, hacia el Norte,

cerca de la costa. A la señorita Wells la están esperando allí.

—¿Quién?

—Señor Kendrick, por favor —suplicó Lamb—, no me pregunten más cosas. Me doy cuenta de que la señorita Wells no está enterada de nada, y francamente, no quisiera decir yo algo que luego pudiese serme censurado. Les ruego que recuerden que yo sólo soy un empleado. Además, llegaremos pronto, y la persona adecuada les dará todas las explicaciones que puedan desear.

Ni Adam ni Jennifer dijeron nada más.

CAPÍTULO VII

Finalmente, el coche se detuvo delante de una cabaña, efectivamente muy cerca del mar, cuyo rumor se oía al otro lado de la carretera de la costa.

—Hemos llegado —dijo Lamb, apeándose rápidamente.

Abrió la portezuela de atrás del lado de Jennifer, que se apeó mirando hacia la cabaña, en la que se veía luz en una amplia ventana. Adam se apeó por el otro lado, y se reunió con Jennifer, también mirando hacia la ventana.

—Nos están esperando —dijo Lamb, señalando hacia la cabaña.

Gower se reunió con ellos tras apagar todas las luces del coche. A medida que se acercaban a la cabaña, Adam Kendrick iba notando con más y más intensidad aquella sensación de inquietud, de desagrado, a pesar de que intentaba alejar esta desazón. A fin de cuentas, se trataba de algo relacionado con el padre de Jennifer, por lo que, lógicamente, no cabía esperar nada malo para la muchacha…

Lamb subió el primero al porche, y, simplemente, empujó la puerta.

—Pasen, por favor.

Entraron Adam y Jennifer. Luego, Lamb. El último fue Gower, que cerró la puerta y fue directo a un armarito colgado en la pared. Lo abrió, sacó dos pistolas y tiró una a las manos del sonriente Lamb.

Luego, ambos se quedaron mirando, sonrientes, a la sobresaltada Jennifer y a Adam, que había entornado los ojos y apretado las mandíbulas.

—Pequeña sorpresa —dijo amablemente Gower—. Les aseguro que las armas son de verdad, y que están cargadas.

—¿Qué significa esto? —exclamó Jennifer.

—Significa que no queríamos ir por ahí armados, señorita Wells. Eso es siempre muy comprometido, y como confiábamos en que usted sería fácil de manejar, dejamos aquí los cacharros. Pasen al saloncito, por favor.

—Pero…

Adam tomó del brazo a Jennifer, y fueron hacia la puerta que señalaba Gower. La ventana que habían visto iluminada correspondía al saloncito, pero allí no había nadie. Con lo cual, Jennifer Wells se sorprendió de nuevo.

—Dejamos la luz encendida —explicó Lamb—. A usted no le hubiese gustado no ver luz alguna al llegar, ¿verdad?

—Se supone —murmuró Adam— que todo esto tendrá una explicación, Lamb.

—Por supuesto. ¿Ve ese teléfono?

Adam miró el teléfono, colocado sobre una mesita baja, delante de un sofá. El sofá, dos sillones, una librería, la mesita, unos cuantos cuadros, alfombra… todo era agradable, de buena calidad… Del techo pendía una moderna y no poco extraña lámpara redonda, de cristal, que parecía fraccionar la luz de la bombilla que contenía.

—Lo veo.

—Muy bien. Ahora, usted va a llamar al señor Barrymore… Al señor Norton Barrymore, se entiende.

—¿A cuál otro, si no? —Frunció el ceño Adam—. Pero ¿para qué tengo que llamar a Norton?

—Dígale que… que ha descubierto algo interesante, por ejemplo. Tal como están las cosas, el señor Barrymore no dejará de tomar interés por sus palabras.

—¿Qué palabras? ¿Qué debo decirle?

—Que venga.

—¿Ahora? Escuche, hace menos de dos horas han asesinado a su hermano, y ayer…

—Sabemos todo eso, señor Kendrick. Pero queremos que el señor Barrymore venga aquí. Solo y discretamente, sin que nadie se entere de que sale del hotel en momentos tan inconvenientes. Llámelo y dígale quién es, y que venga por la carretera hasta… Pero usted recuerda el camino, ¿verdad?

—Sí.
—Muy bien: llámelo.
—No pienso hacerlo.
—Lo tenemos todo previsto, señor Kendrick: si usted no llama a Norton Barrymore, nosotros mismos lo haremos… después de meterle una bala en la cabeza a la señorita Wells.
Jennifer respingó, y se llevó las manos a la boca, mientras sus ojos se abrían reflejando su miedo. Adam Kendrick palideció, y se mordió los labios. Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego, fue al teléfono, lo descolgó y marcó el número de la conserjería del Indio Hotel.
—¿…?
—Quiero hablar con el señor Barrymore. Dígale que le llama Adam Kendrick.
—…
—Sé perfectamente todo lo que está pasando ahí —gruñó Adam Kendrick—. Dígale a Norton que se ponga al aparato.
—…
—De acuerdo —esperó unos segundos—. ¿Norton? Soy Adam Kendrick. Ha ocurrido algo tan importante que tiene usted que venir inmediatamente.
—¿…?
—Ahora mismo, desde luego.
—…
—¿No está? ¿Adónde ha ido?
—…
—Ah, sí… Entiendo. Bueno, de todos modos es imprescindible que usted venga inmediatamente. Supongo que se da cuenta de que si no fuese necesario no le molestaría en estas circunstancias.
—…
—Gracias. Bien, tome su coche, sin dar explicaciones a nadie, y salga del hotel sin ser visto, a ser posible. Y no le diga a nadie adónde va, ni siquiera que se marcha del hotel. Salga a Rodeo Drive, tome por…
Las explicaciones duraron todavía un par de minutos. Luego, Adam colgó, y se volvió a mirar fijamente a Lamb, que le contemplaba con no poca atención.
—¿De quién hablaban cuando usted se ha sorprendido de que no

estuviese allí?

—Norton me ha dicho que el teniente Murdock no estaba, y que no le parecía oportuno marcharse del hotel.

—Ya. Usted ha preguntado adónde ha ido el teniente Murdock. Bien: ¿adónde ha ido?

—A sostener una charla con Ruth Barrymore, la tía de Norton.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Parece que la policía sospecha que es una mujer la que asesinó anoche a Charles Barrymore y esta noche a Esley. Y la única mujer a la que consideran capaz de hacer una cosa así, por lo visto, es Ruth Barrymore. Como es natural, el teniente Murdock ha decidido hacerle unas cuantas preguntas.

—Ya. Resulta divertido… ¿Verdad, Gower?

—Verdad —sonrió éste.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado —aseguró Adam.

—Peor para usted. Y ahora, señor Kendrick, escuche atentamente… Gower va a atarle las manos a la espalda, para que podamos estar todos tranquilos. Mientras Gower hace eso, yo me dedicaré a apuntar con mi pistola a la cabeza de la señorita Wells. ¿Comprende?

—Sí.

—Magnífico. Atalo bien, Gower.

—¿Qué se proponen ustedes? —exclamó Jennifer—. ¡No tienen derecho a hacer esto, ni a tratarnos así, ni…!

—No se canse, señorita Wells: de todos modos no le vamos a hacer caso…

—¡Ustedes no pueden tener nada que ver con mi padre!

—¿Por qué no? —se sorprendió Lamb.

—¡El nunca haría cosas como ésta!

—Me parece, señorita Wells, que usted no conocía bien a su padre. El…

—¿Conocía? —Palideció Jennifer.

—Eso. Murió… ¿No lo sabía? ¿De verdad no lo sabía?

—Dios mío… No… ¡No lo sabía! Pobre papá…

Se dejó caer en uno de los sillones, abatida, relucientes los ojos por lágrimas que no terminaban de brotar. Adam dio un paso hacia ella, pero Lamb movió la pistola con gesto muy significativo, y el tipo abrumadoramente guapo se detuvo en seco. Gower regresó con

un rollo de cordel delgado, pero fortísimo, y después que Lamb se colocó junto a la atribulada Jennifer, procedió a atar las manos de Adam a la espalda.

—Vaya a sentarse en el sofá —le empujó luego.

Al oír su voz, Jennifer pareció regresar a la realidad. Miró a Adam, parpadeó y entonces dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lo siento, Jenny —murmuró Adam.

—Yo… no entiendo nada. —Jennifer miró a Lamb—. ¿Por qué no se me avisó de la muerte de mi padre? ¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo…?

—Hace unos pocos días, no sé cuántos exactamente.

Tampoco sé por qué no la avisaron a usted. Pero sí sé cómo ocurrió: tuvo un accidente de avioneta.

—¿De… avioneta?

—Sí. Se estrelló con ella.

—¿Quién… quién iba con él?

—Nadie. Iba solo.

—¿Solo? ¡Pero mi padre no sabía pilotar una avioneta…!

—Según entiendo, señorita Wells, hace tiempo que no veía usted a su padre. Y en ese tiempo, no cabe duda de que él adquirió algunas nuevas habilidades. Me consta que iba solo en la avioneta, así que no cabe duda de que sabía pilotarla.

—Bien… Sí, claro… ¿Dónde ocurrió?

—Cerca de San Francisco. Tenía allá sus negocios.

—¿Qué negocios?

—¿No sabía que últimamente su padre había prosperado considerablemente?

—No… No.

—Sí. Se asoció con… con otro hombre, y las cosas les fueron muy bien.

Precisamente, de eso va a tratar la reunión que hemos preparado.

—¿De eso? ¿De qué? ¿De los negocios de mi padre?

—Eso tengo entendido, sí.

—Pero yo no sé nada de ellos… Nada. No entiendo nada… ¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué han obligado a Adam a llamar a Norton Barrymore?

Lamb movió la cabeza, y Adam y Jennifer comprendieron que ya no iba a decir nada más.

Y así fue. Gower encontró una botella con *whisky*, bebió un trago, la pasó a Lamb y miró su reloj. Luego, sin decir palabra, salió del saloncito, y segundos después oyeron el golpe de la puerta de la cabaña al cerrarse.

Lamb se sentó en el otro sillón, y se dedicó a ir mirando a uno y a otra, alternativamente, expectante.

Y mientras tanto, procurando mantener el rostro impasible, Adam Kendrick se dedicó a tensar su poderosa musculatura, probando la resistencia de los cordeles, que se clavaban en su carne. Le pareció que podría aflojarlos, pero eso le llevaría tiempo.

Creía que casi lo había conseguido cuando afuera se oyó el frenazo de un coche. Luego, el chasquido de la portezuela al ser cerrada de golpe… Segundos después, Norton Barrymore aparecía en el saloncito, seguido de Gower, que le apuntaba a la espalda con la pistola. Evidentemente, no se había dado cuenta de esto, porque al ver la que tenía Lamb en la mano se sobresaltó y se desconcertó. Se volvió hacia Gower, vio también el arma en su mano y palideció.

—¿Qué significa esto? —exclamó; se volvió a mirar a Adam—. Señor Kendrick, ¿qué…?

—No lo sé, Norton —murmuró Adam—. Y perdóneme por hacerle venir, pero si no le hubiese llamado habrían matado a Jenny. Y mucho me temo que son capaces de ello. No sé nada más.

Norton se volvió de nuevo hacia Gower, pero éste señaló el sofá con la pistola.

—Siéntese junto al señor Kendrick —ordenó—. Y no se moleste en hacer preguntas, porque no serán contestadas. ¿Voy yo mismo a avisarle, *Lamb*?

—Sí, ve tú mismo: la reunión está completa.

Gower volvió a salir. Morton Barrymore se sentó junto a Adam, vio su postura que le pareció extraña, y miró hacia su espalda.

—Pero… está atado…

—Cállese —ordenó Lamb.

Silencio absoluto. Pasó un minuto, dos, tres… Finalmente, en los cristales de la ventana del saloncito sonaron unos golpes. Lamb se puso en pie, fue hacia la ventana y la abrió.

Se volvió hacia los desconcertados prisioneros.

—Voy a dejarles solos… aparentemente. Pero si quieren complicar las cosas, intenten alguna tontería, y verán lo que les llega por la ventana.

Sin más, salió del saloncito. Y de nuevo volvieron a oír el golpe de la puerta de la cabaña.

—No entiendo nada… —murmuró Norton—. No entiendo…

—Yo quizá sí entienda algo, Norton.

—¿Usted, señor Kendrick? Pues, por favor, explíquemelo.

—¿Queda alguien más de su familia, aparte de usted?

—No… Claro que no.

—¿No queda ningún Barrymore más?

—Oh… Oh, bueno, sí, desde luego. Creí que se refería a mi familia directa, o sea…

—¿Quién queda? Alguien que debe llamarse Barrymore, quiero decir.

—Pues queda tío John… John Barrymore, por supuesto. ¿Por qué?

—Esos hombres estuvieron a punto de decir un nombre que comienza con BA.

Podría ser perfectamente Barrymore.

—¿Quiere decir que ellos conocen a tío John?

—Podría ser. ¿Dónde está su tío?

—Vive en San Francisco hace algunos años, desde…

—¿En San Francisco? ¿Tiene algún negocio allí?

—Sí, claro. Creo que se asoció hace años con alguien… Con un hombre cuyo nombre no recuerdo, pero tengo entendido que las cosas le iban bastante bien.

—Ese hombre… el socio de su tío… ¿podría ser alguien llamado Carter Wells?

—No sé… No recuerdo. ¿Wells? —Norton miró de pronto sobresaltado a Jennifer—. ¿Wells? ¿Cómo la señorita Wells? ¿Qué está tratando de decir, señor Kendrick?

—Me parece todo tan… irreal que ni me atrevo a pensarlo yo. ¿Qué noticias ha tenido usted de su tío últimamente?

—Poca cosa… Y de un modo indirecto. Personas que pasaban por San Francisco, y lo veían ocasionalmente… Lo único que sé, en realidad, es que las cosas le iban bien.

Nada más.

—¿No tenía su tío negocios en Los Angeles? ¿Por qué se fue a San Francisco?

—Bueno, es… es un desagradable asunto de familia, señor Kendrick.

—¿Sí? Bueno, pues quizá ese asunto de familia es el que nos tiene a todos metidos en este lío. ¿Por qué se fue su tío a San Francisco?

—Hace tiempo de eso —murmuró Norton—. Fue por culpa de tía Ruth y de mi padre. Mi padre era el hermano mayor, así que dirigía el hotel, tomaba todas las decisiones, distribuía los beneficios, asignaba los sueldos a todos los de la familia… Ruth Dreyer se casó con tío John, pero al poco tiempo parece que comprendió que no se había casado con un copropietario de un hotel que rendía mucho, sino con un empleado de mi padre. Ruth Dreyer no estaba conforme con que tío John tuviese solamente un sueldo, eso la desencantó. Entonces, puesto que mi padre era viudo, se dedicó a… Bueno, a charlar con él…

—Entiendo. Ella inició el acercamiento hacia su padre, que era quien de verdad manejaba el dinero de la familia Barrymore.

—Sí… Sí.

—¿Y su padre le hizo caso?

—Una vez. —Norton bajó la cabeza— oí a papá hacer un comentario sarcástico sobre tía Ruth, respecto a sus ambiciones. Papá se… se estaba riendo de ella, en realidad. Pero… sí, no le importó que fuese la mujer de su hermano.

—¿Y su tío John se enteró, Norton?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Tío John quería… matar a mi padre. Dijo cosas terribles de él, y lo malo es que… eran verdad, Papá nunca fue un hombre… considerado con nadie ni con nada. Pensaba en él, en sus conveniencias y placeres… Y nada más. Por suerte, tío John no cumplió sus amenazas. Pero se fue de Los Angeles, nunca quiso saber nada más de nosotros. Y luego fuimos sabiendo que se había asociado con un hombre que parecía inteligente y audaz para los negocios, y que las cosas le iban cada vez mejor.

—¿Y su tía Ruth?

—Ella se quedó en Los Angeles. Después de aquello, papá le dijo

que no quería verla más…

—Fue injusto, ¿no? —Frunció el ceño Adam.

—Sí, pero… así era mi padre. La echó. Le dijo que se fuese a… adonde quisiera. Tía Ruth se quedó en Los Angeles, y se ha estado dedicando a trabajar en clubs nocturnos. No vive mal… pero finalmente, Ginger, su hija, se cansó de su clase de vida, y se fue con su padre, con tío John. Eso tengo entendido desde hace dos o tres meses. Pero ¿qué interés puede tener todo esto, señor Kendrick?

—No sé. Pero si salimos de ésta, tengo la seguridad de que el teniente Murdock escuchará muy interesado toda esa historia… ¿No puede recordar si su tío se asoció con Carter Wells?

—No, lo siento. La verdad es que desde aquello todos hemos procurado mantenernos alejados unos de otros. Nosotros…

Plop.

Un chasquido leve, como un taponazo, se oyó al mismo tiempo que en la ventana brillaba como una pincelada de luz rojoviolácea. Norton Barrymore lanzó un grito, se irguió vivamente en el asiento llevándose las manos al pecho y abriendo mucho los ojos, y cayó de cara al suelo, con los dedos ya manchados de sangre.

Adam vio la pistola con silenciador en el hueco de la ventana, moviéndose ahora hacia el sillón donde permanecía sentada la petrificada Jennifer, que contemplaba estupefacta, sin comprender todavía, a Norton Barrymore… La reacción de Adam Kendrick fue en verdad sorprendente: se puso en pie, y lanzó un tremendo puntapié a un lado del sillón de Jennifer, desplazándolo justo en el momento en que volvía a oírse otro «plop».

Jennifer lanzó un alarido de dolor, mientras rebotaba de un brazo a otro del sillón… y mientras Adam Kendrick sacaba muy buen partido de su estatura… y de su cabeza: se impulsó hacia arriba y golpeó con la cabeza contra la extraña lámpara redonda, que estalló con cegador fogonazo.

Cuando Adam llegó al suelo, la oscuridad era ya completa en el interior de la cabaña. Rebotó, rodó hacia un lado y oyó el gemido de Jennifer, muy cerca de él… Plop.

Plop. Plop.

En la ventana brillaron tres fogonazos más, controlados, como apretados… Se oyeron los rebotes de las balas contra el suelo, y un nuevo gemido de Jennifer, que orientó a Adam Kendrick. Rodó

hacia ella y respingó al quedar encima mismo de la muchacha. A la luz lívida de las estrellas, vio su rostro desencajado, la boca abierta para el siguiente grito.

Adam Kendrick, al parecer, era un hombre inoportuno: se dedicó a besar a Jennifer Wells en la boca mientras, desde la ventana, disparaban todavía un par de veces más… Notaba los labios de Jennifer pegados a los suyos, rígidos, duros, fríos. Y bajo su cuerpo, el debatirse del de la muchacha.

De un fortísimo tirón, acabó de romper los cordeles, y entonces sustituyó sus labios por una mano sobre la boca de Jennifer.

—No grites —jadeó junto a su oído—. No respires siquiera…

Jennifer debió comprender por fin, porque quedó completamente inmóvil. Sus piernas se veían junto al sofá, en la parte adonde llegaba la luz de las estrellas. Sin quitar la mano derecha de la boca de Jennifer, Adam le rodeó la cintura con el otro brazo, y, arrodillado ahora, tiró suavemente de la muchacha, hasta colocarla tras el sofá, a cubierto de los disparos… que ya habían cesado, por otra parte.

El silencio era ahora total.

Y la pregunta estaba en la mente de Adam Kendrick: ¿estaba el asesino todavía en la ventana, esperando la oportunidad de volver a disparar?

Si, así era, en pocos segundos más se acostumbraría a la penumbra del saloncito, y podría obligarles a moverse, y finalmente acabaría por acertarles con algún disparo.

Adam susurró junto a una oreja de Jennifer:

—No te muevas de aquí.

Se arrastró por detrás del sofá y de uno de los sillones hacia la puerta del saloncito. Cruzó el umbral arrastrándose velozmente, hasta el vestíbulo. Una vez allí, se puso en pie, dio un paso hacia la puerta de la casa… y se detuvo en seco.

No. Era mejor salir por la parte de atrás. Debía haber una salida por la cocina… Comenzó a tantear ante él, mientras caminaba con precaución. Por fin, tocó pared, y se fue deslizando sin dejar de tocarla, hacia su izquierda, hasta encontrar el hueco del pasillo. Por éste, tardó apenas cinco segundos en llegar a la cocina, que, además de tener un gran ventanal desde el que se veía el jardín, tenía, en efecto, una puertecita al fondo. La abrió, y salió al jardín de atrás…

Justo entonces oyó el zumbido de un motor al ser puesto en marcha.

—Maldito asesino… —mascullό con voz sorda Adam.

Echó a correr hacia la parte delantera del *bungalow*, ya sin precauciones, porque sabía lo que estaba ocurriendo: el asesino escapaba en su coche, con Lamb y Gower. Y por supuesto, él no era tan loco de querer enfrentarse a ellos. Simplemente, quería intentar distinguir el número de la matrícula del coche, cosa relativamente fácil si las luces de posición habían sido encendidas. El único riesgo era que a su vez, Lamb, Gower y su jefe lo viesen a él, en cuyo caso…

Se asomó cautelosamente por la esquina izquierda de delante… mientras el coche efectuaba la maniobra de marcha atrás para enfilar el sendero que llevaba a la cabaña. Por un instante, Adam Kendrick pudo ver al conductor. Es decir, a la conductora…

Inconfundible.

La vio de perfil, con los largos cabellos moviéndose, haciendo girar el volante… Visión brevísima, fugaz, pero inconfundible. Y al instante siguiente, el coche quedaba encarado hacia la cabaña… Las luces se encendieron, y los dos chorros de luz atraparon de lleno a Adam, que instintivamente alzó un brazo para protegerse los ojos. Y mientras hacía esto, comprendía que debía haber hecho otra cosa: saltar de allí, correr, ocultarse como fuese y donde fuere… Estaba empezando a reaccionar cuando las luces del coche se apagaron, el vehículo estuvo un segundo inmóvil… y luego, tras ser terminada la maniobra, desaparecía hacia el sendero, a toda velocidad.

Adam Kendrick quedó allí, como clavado a la pared, incrédulo y todavía deslumbrado. Si a partir de aquel momento alguien le decía que era un hombre sin suerte, había para reírse: ¿se puede pedir más suerte que permanecer dos segundos bajo las luces de un coche… y no ser visto por personas que podían haberlo acribillado?

Se pasó la mano por la frente, y notó el líquido tibio y pegajoso. Bajó la mano, y se miró los dedos, que estaban manchados de algo que brillaba.

—Sangre —se pasmó aún más—. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de que me han herido?

De pronto, comprendió la verdad. A él no le habían herido, no le habían rozado ni siquiera con una sola bala. Pero él, con aquella

mano, había rodeado la cintura de Jennifer Wells, para arrastrarla y retirarla de la línea de tiro…

—¡Jenny! —aulló.

Regresó al saloncito recorriendo el camino a la inversa, por la cocina. Lo primero que vio, como una mancha clara al resplandor de la luz estelar que penetraba por la ventana, fue el cuerpo tendido ahora de Norton Barrymore.

—¡Jenny!

—Estoy… estoy aquí, Adam…

Corrió detrás del sofá, y se arrodilló junto a ella.

—¡No te muevas! —gritó—. ¡Llamaré ahora mismo una ambulancia para ti y para Norton! ¿Dónde estás herida?

—No es nada… Pero me quema la carne, en la cintura…

—Por favor, no te muevas, Jenny…

Se abalanzó al teléfono, se colocó el auricular en el oído, y estaba esforzándose en localizar los números y letras cuando se dio cuenta de que no oía nada. Nada.

—Han cortado la línea —jadeó, todavía incrédulo—. ¡El coche de Norton! ¡Claro que ha venido en coche!

Salió corriendo de la cabaña, y, en efecto, allá estaba el coche de Norton Barrymore, estacionado precisamente muy cerca de la ventana que había estado iluminada, por lo que no había podido verlo cuando el otro coche, el de Lamb y Gower lo deslumbró con los faros.

Las llaves estaban en el contacto.

Se puso al volante, lo puso en marcha, y retrocedió unos metros, para dejarlo delante mismo del porche. Luego, encendió las luces, se apeó, entró en la casa, y encendió la luz del vestíbulo. Cuando entró en el saloncito, la luz era suficiente para ver lo que ocurría allí.

—¡Jenny! —gritó—. ¡Te dije que no te movieses!

La muchacha estaba arrodillada junto a Norton Barrymore, y al volver la cara hacia él, Adam la vio demudada, blanca.

—Adam —tartamudeó Jennifer—, está muerto… ¡Está muerto! Lo han matado también…

Adam se arrodilló junto a Jennifer, y no tardó más que unos pocos segundos en comprobar que ella tenía razón. A Norton Barrymore lo habían matado también. Habían disparado contra él como quien tira al blanco. Desde la ventana, impunemente, con

toda frialdad.

—¿Qué hacemos? —gimió Jennifer.

—No sé… Por el cielo, no lo sé. Es decir, claro que lo sé: tengo que llevarte a un hospital. No te muevas: te llevaré en brazos al coche.

—Puedo caminar. Me duele mucho, pero me siento bien, con fuerzas… Por lo que más quieras, Adam, ¡marchémonos de aquí ahora mismo!

CAPÍTULO VIII

El médico salió de la habitación 211 del Indio Hotel, y casi sonrió cuando Adam Kendrick pareció a punto de saltar.

—Tranquilícese, muchacho: la señorita está bien. Pero podría estar muerta, o, al menos, muy mal, de no haber sido por las dos costillas rotas.

—No comprendo —murmuró Adam.

—La bala dio en las costillas, y por supuesto, si hubiese sido de frente, habría penetrado en el cuerpo, con lo que tendríamos una herida gravísima… Quizá mortal. Pero, evidentemente, la bala dio un poco de lado, con fuerza para romper las costillas, pero no la suficiente para seguir perforando, sino que se deslizó por encima de las costillas, y salió, ocasionando un buen desgarrón. Eso es todo.

—Entonces… ¿no morirá?

—De esto, no —sonrió ya decididamente el médico—. Ha tenido mucha suerte.

Adam Kendrick recordó el puntapié que había dado al sillón donde estaba sentada Jennifer Wells cuando dispararon contra ella… Si él no hubiese propinado aquel puntapié, la bala, sin duda alguna, habría llegado completamente de frente al cuerpo de la muchacha…

—¿No deberíamos —tragó saliva— llevarla a un hospital?

—No hace falta. Los escasos beneficios que obtendríamos con ello no compensan el que la movamos de donde está ahora. Claro que habría sido mejor llevarla directamente a un hospital, pero ya no es necesario.

—No sé por qué la traje aquí… Bueno, quizá porque en mi mente estaba la idea de traer a Norton Barrymore a su hotel, a su domicilio, a fin de cuentas… No lo sé.

—Ya no importa, de veras. Ni a una ni a otro. ¿Se va a quedar usted esta noche con la señorita?

—Sí… ¡Naturalmente!

—Bien. Bueno, de todos modos, será mejor que les envíe una enfermera, por si surgiese alguna pequeña complicación… Ahí llega un hombre indudablemente apresurado.

Adam se volvió, y vio al teniente Murdock, recién salido del ascensor y casi corriendo hacia él. Cuando se detuvo ante Adam estaba lívido, respirando con agitación.

—Señor Kendrick —jadeó—: ¿se da cuenta de que usted está ocasionando complicaciones?

—¿Yo? —Se pasmó Adam.

—¡Por todos los demonios, usted y la señorita Wells no debieron salir del hotel sin decirme nada!

—Pero teniente, cuando nos dijeron…

—¡Ya me ha explicado Sparrow eso! ¿No se le ocurrió que podía ser una trampa?

—¿Por qué tenía que ocurrírseme eso? —Frunció el ceño Adam —. Jenny había recibido una carta, y llegó un hombre hablándole de ella… ¿Cómo demonios tenía que relacionar yo las muertes de los Barrymore con eso, quiere explicármelo?

Murdock quedó con la boca abierta. Luego, soltó un resoplido, que pareció privarle de todo aire, deshincharlo. Se pasó una mano por la cara, con gesto de fatiga.

—Está bien —murmuró—. Será mejor que me lo explique todo. Ya sé que se lo ha explicado a Sparrow, pero quiero oírlo personalmente de usted. ¿Algún inconveniente?

—¿Por qué no se calma? —Gruñó Adam.

—Sí, yo también le aconsejo eso —murmuró el médico—. ¿Les importa que me retire? Le enviaré una enfermera, señor Kendrick.

—Gracias… Gracias por todo, doctor.

El médico se alejó, y durante unos segundos, Adam y el teniente quedaron silenciosos, inquietos. Por fin, Murdock señaló uno de los pequeños bancos con un tiesto con plantas a cada lado que adornaban el pasillo.

—De acuerdo —susurró—. Creo que he conseguido calmarme. Sea tan amable de ponerme al corriente con todo detalle, señor Kendrick. Con calma… Ya no queda ningún Barrymore por matar.

—Sin embargo —deslizó Adam—, todavía queda un Barrymore, según tengo entendido.

—¿Por qué dice eso? —Le miró vivamente el policía.

Ahora fue Adam quien señaló el banco. Se sentaron los dos, Murdock sacó cigarrillos, y segundos después, comenzó la explicación por parte del tipo abrumadoramente guapo.

Cuando terminó, el teniente Murdock le miraba entre aterrado e incrédulo.

—En resumen… ¿Usted cree que John Barrymore se ha vengado de Charles Barrymore y de sus hijos?

—Usted es el policía.

—Pero esto es horrible… E increíble. Oh, vamos, por el amor de Dios… Muchacho, ¿se da cuenta de que John Barrymore es hermano de Charles Barrymore, y tío de Norton y Esley? ¿Cómo se puede creer que un hombre asesine a su hermano y a sus dos sobrinos por algo que pasó hace años?

—Usted parece olvidar una cosa, teniente: en el coche que me deslumbró con los faros, yo vi, un instante antes, a una mujer, no a un hombre. Y ya que hablamos de mujeres: ¿encontró usted a Ruth Barrymore, de soltera Dreyer, esto es, la esposa de John Barrymore?

—No —movió la cabeza Murdock—. Ni rastro de ella. No ha sido posible localizarla.

—Quizá estuviese ocupada en el *bungalow* al que nos llevaron aquellos hombres llamados Gower y Lamb.

—¿Cree que ella era la mujer que iba al volante del coche?

—No sé, ya que no la conozco.

—¿La reconocería si volviese a verla?

—Me temo que no. Entiéndalo, teniente… Fue un instante, menos de un segundo: vi una mujer, eso es todo. Lo único que puedo asegurarle al respecto es que esa mujer no era Jenny. Por lo demás, podría ser cualquier mujer del mundo.

—Está bien… Vamos a dedicarnos a buscar a Ruth Barrymore. Y la encontraremos. Otra cosa: también vamos a buscar a esos dos tipos, Lamb y Gower… Es posible que consten en los archivos del Departamento, así que tendría que echar usted un vistazo.

—No los encontraré allá.

—¿Por qué? ¿Qué le hace estar tan seguro?

—No sé… Había algo en aquellos dos hombres que… Algo que

me tiene muy sorprendido. Es como… como si les conociese, teniente.

—¿Les conocía de antes? —Respingó Murdock.

—No, no… Quiero decir que… Bueno, ni yo mismo me entiendo. Tenían algo conocido, pero no les conozco. Murdock soltó un bufido.

—¡Pues sí que me está usted ayudando, señor Kendrick!

—Lo siento. No sé explicarme.

—De todos modos, ¿le molestaría pasar unas horas mirando nuestros archivos?

A lo mejor, tenemos suerte.

—No pienso dejar a Jenny sola aquí —aseguró firmemente Adam.

—Entiendo que va a venir una enfermera. Y cabe suponer que ella la cuidará mejor que usted.

—Aceptado. Pero no veo ninguna enfermera por parte alguna, así que…

Adam Kendrick no tuvo necesidad de terminar la frase: el ascensor se detuvo en el segundo piso, la puerta se abrió, y apareció una mujer vestida enteramente de blanco, que miró a ambos lados y se dirigió hacia ellos.

—Perdonen, busco…

—Es ahí dentro —masculló Adam.

Murdock le miró, sonriendo amablemente y rascándose la coronilla. —Me parece que podemos ir al Departamento— dijo.

No.

No fue posible.

Mientras la puerta de la habitación 211 se cerraba tras la enfermera, y Murdock y Adam se ponían en pie, el agente Sparrow apareció en el pasillo, jadeando tras una velocísima ascensión de las escaleras. Vio a Murdock, abrió la boca, y se quedó así, al captar la enérgica seña del teniente, que se acercó a él, expectante.

—Tranquilo, Sparrow. ¿Qué ocurre ahora?

—Le han llamado al coche, señor. Naturalmente, en el Departamento saben que usted atiende el caso de los Barrymore, así que han pasado el aviso en cuanto la Patrulla de Carreteras ha informado de que…

* * *

Se habían instalado focos, de modo que el coche se veía allá abajo, aplastado contra las rocas, a las que llegaba el mar con suaves salpicaduras de espuma. Arriba, en la carretera de la costa que se dirigía hacia el Norte, se detenía algún que otro coche de cuando en cuando, a pesar de lo tardío de la hora, pero la policía pedía a los conductores que siguiesen su camino.

Junto al acantilado había tres coches de la policía, dos motocicletas, y un coche de la Highway Patrol. El personal de estos vehículos atendía los focos, que lanzaban su luz hacia abajo, hacia el abollado coche cuyos cristales habían saltado en diminutos fragmentos.

—Un automovilista vio la valla protectora arrancada, señor —señalaba el motorista de la Patrulla de Caminos—. Se detuvo, miró hacia aquí, y vio el coche. Vinimos nosotros, le retiramos la documentación al hombre, y pasamos aviso. Por supuesto, llegó al Police Department. Inmediatamente, recibimos órdenes de no tocar nada y esperarle a usted. Ésta es la documentación del conductor: su nombre era John Barrymore.

Murdock tomó el permiso de conducir que le tendían, le echó un vistazo a la luz de los focos, y se lo guardó. Luego, volvió la cabeza hacia Adam Kendrick, que estaba mirando el cadáver del hombre que había conducido el coche… Estaba hecho papilla, desde luego. En el asiento de atrás, había otros dos hombres, que Adam sí pudo identificar, aunque con ciertas dificultades: salvo que se estuviese equivocando mucho, eran Lamb y Gower.

En cuanto al hombre del volante, pues… Bien, sí, era un hombre, desde luego. Pero llevaba un vestido de mujer, y en el asiento contiguo, se veía una peluca de largos cabellos.

—¿Qué me dice, señor Kendrick?

—No sé… No sé, teniente.

—¿No? Bueno, tenga la bondad de esperarme arriba. Voy a echar un vistazo detenido por aquí. ¿Le gustaría ayudarme?

—Sólo le estorbaría. Pero creo que esos dos hombres del asiento de atrás son Gower y Lamb.

—¿Lo cree?

—¿No podríamos conseguir una linterna?

Fue de lo más fácil. Le fue entregada una linterna a Adam

Kendrick, y éste dirigió su luz hacia el asiento de atrás. Se retiró enseguida, apagando la linterna.

—Son ellos, seguro: Lamb y Gower.

—¿Al del volante no le conoce?

—No, pero…

—¿Cree que puede ser la «mujer» que usted vio desde la esquina de la cabaña?

—Podría jurarlo, quizá.

—Extraño modo de expresarse. Por favor, espéreme arriba.

—No tengo cigarrillos.

Murdock le dirigió una mirada entre irónica y amable, y le tendió su paquete, en silencio. Desde luego, la caída por aquella parte de la costa tenía que resultar mortal.

—No entiendo mucho esto —susurró—. Quizá se me ocurra algo mientras fumo.

Casi veinte minutos más tarde, cuando se había fumado dos cigarrillos y comenzaba a sentir el fresco de la madrugada, el teniente Murdock se reunió con él en la carretera.

—¿Le queda alguno? —Tendió la mano.

Adam encendió dos, y entregó un cigarrillo al teniente. El cual, después de un par de fumadas mirando hacia abajo, dijo, de pronto:

—Tengo resuelto el caso, señor Kendrick.

—Eso quiere decir que es más listo que yo.

—No. —Murdock le miró, siempre con simpatía—. Es sólo que llevo casi veinte años metido en estos… negocios. Para empezar, le diré que esos dos hombres del asiento de atrás no se llamaban Lamb y Gower, sino Nick Darren y Miles Orwell, respectivamente. Y no han muerto debido al accidente.

—¿Entonces…?

—Cada uno de ellos tiene dos balas en el corazón. Bueno, por esa zona: el forense dirá en cuántos milímetros me he equivocado. Lo seguro es que su muerte ha sido debida a esos balazos.

—Sigo sin entrar en órbita.

—También hemos hallado la pistola en un bolsillo interior de la chaqueta de John Barrymore. Una pistola con silenciador, con un cargador medio vacío en ella, y otro completamente vacío en un bolsillo de la chaqueta… Voy a llamar al Departamento de San Francisco.

—¿Sobre qué?

—Quiero saber quién era el socio de John Barrymore en los negocios que éste tuviese en esa ciudad.

—Supongamos que fuese Carter Wells, o sea, el padre de Jenny.

El teniente Murdock se quedó mirando con auténtica nostalgia el cigarrillo que estaba fumando.

—Mucho me temo, señor Kendrick, que me espera una noche de murciélago.

—¿De qué?

—De murciélago —sonrió de mala gana el policía—. Usted ya sabe: volando toda la noche de aquí para allá, más o menos a ciegas. Pero quizá por la mañana haya valido la pena el esfuerzo.

—¿Y qué hago yo?

—A mi juicio, usted está haciendo demasiado. Y considerando la situación, me atrevo a sugerirle que regrese al hotel: alguien tiene que mantener despierta a la enfermera preguntándole cada diez minutos cómo sigue la señorita Wells.

—Gracias, teniente —sonrió Adam.

—Le van a llevar en uno de nuestros coches.

—Otra vez gracias. Y feliz vuelo… murciélago.

CAPÍTULO IX

Hacia las diez y media de la mañana siguiente, Adam Kendrick, desde una de las ventanas del pasillo del segundo piso del hotel, vio llegar el coche de la policía. La primera persona que se apeó del vehículo fue el teniente Murdock, y, desde allí, Adam captó su expresión cansada, y su barba oscura, densa.

Abrió la puerta derecha de atrás, y dos mujeres se apearon. Una de ellas era joven y muy bonita. La otra había sido bonita, pero ya no lo era demasiado, ni era joven. Más de cuarenta años, desde luego. Aunque su rostro parecía un tanto disipado, y eso podía conducir a conclusiones equivocadas.

La reacción mental de Adam Kendrick le sorprendió a él mismo.

«Ruth Dreyer, o sea, Ruth Barrymore, y su hija Ginger», se encontró pensando.

Cinco minutos más tarde, Murdock salía del ascensor, y sostenía la puerta, por la que salieron las dos mujeres. Vio a Adam, y lo señaló, murmurando unas palabras. Las dos mujeres le miraban mientras caminaban hacia él, y por su parte Adam hizo lo mismo. Podía verlas muy bien ahora, pero sólo sirvió para ratificar su opinión sobre ellas: una, muy joven y bonita; la otra, de algo más de cuarenta años, quizá aún hermosa, pero como cansada, ajada…

—Éste es el señor Kendrick, de quien les he hablado —le presentó Murdock—. Ellas son Ruth y Ginger Barrymore, señor Kendrick.

—Encantado —murmuró Adam.

Las mujeres le tendieron la mano, mirándole entre amables y consternadas.

—Parece usted muy fatigado, señor Kendrick —dijo Ruth Barrymore—. Y según el teniente, la culpa es de los Barrymore.

Bueno, de uno de ellos… Yo…

—No se torture, señora Barrymore. —Encogió los hombros Adam—. Por la expresión del teniente, interpreto que todo ha terminado. Y considerando todo lo ocurrido, me parece que lo mejor que podemos hacer todos, es olvidar.

—Pero es todo tan horrible —tembló la aguda vocecilla de Ginger Barrymore—. Todavía no puedo creer que sea cierto. Aún… aún tengo la esperanza de que el teniente se haya equivocado.

—Me temo que no, señorita Barrymore —movió la cabeza Murdock.

La muchacha se mordió los labios. Hubo unos segundos de silencio, hasta que Ginger volvió a hablar, mirando con preocupación a Adam.

—¿La señorita Wells… está bien?

—Sí.

—Yo conocí a su padre… Muy poco. Le vi algunas veces, cuando iba a ver mi padre a las oficinas. Era un hombre un poco… No sé cómo decirle…

—¿Difícil de tratar?

—Sí, quizá fuese eso. Era muy correcto, pero poco amable. No parecía de esas personas que hacen amigos con facilidad. De todos modos, si las sospechas del teniente Murdock se confirman tendré que pensar que el pobre señor Wells no merecía morir así.

—De algo se ha de morir, ¿no? —musitó Adam.

—Sí, pero… asesinado…

—¿Asesinado? ¿Carter Wells? No, no… Falleció en un accidente de avioneta… ¿No es así, teniente?

—Usted y yo vamos a hablar luego de eso —deslizó con un cierto misterio Murdock—. ¿Podemos ver a la señorita Wells?

—Supongo que sí, pero… ¿con qué objeto?

—Quisiéramos informarla de que, naturalmente, tendrá su parte en los negocios que sostenían mi padre y el suyo —dijo Ginger Barrymore.

—Ah… Entiendo. De modo que sí eran socios John Barrymore y Carter Wells, teniente.

—Sí. Y a la desaparición de un socio, sus familiares heredan su parte. Por lo tanto, las señoritas Wells y Barrymore son ahora propietarias de la compañía.

—Claro… Bueno, no creo que eso consuele mucho a Jenny, pero debe saberlo, por supuesto. Está muy bien —señaló hacia la puerta 211—. Pero será mejor que no la fatiguen demasiado.

—Oh, no… ¡Claro que no! ¿Viene usted, teniente?

—Me parece —reflexionó Murdock— que ustedes la irán informando de todo con más delicadeza que yo. Y por otra parte, quisiera hablar unos minutos con el señor Kendrick.

Las Barrymore asintieron con la cabeza, y entraron en la habitación 211. Murdock comenzó a registrarse los bolsillos en busca de tabaco, y finalmente miró desolado a Adam.

—Los terminé.

—Yo he comprado esta mañana —sonrió desganadamente Adam, tendiéndole el paquete—. ¿Qué es eso de que Carter Wells murió asesinado?

—Mis colegas de San Francisco están investigando el asunto a petición mía. ¿No se da cuenta, Kendrick?: muertos Carter Wells y Charles Barrymore y sus dos hijos, John Barrymore quedaba como propietario heredero tanto del Indio Hotel como de la compañía que tenía en sociedad con Wells.

—¿Quiere usted decir que John Barrymore asesinó a su hermano, a sus sobrinos… y saboteó, quizá, la avioneta en la que sabía iba a viajar su socio Carter Wells?

—Sí. John Barrymore era un hombre amargado, todavía más difícil de tratar que Carter Wells. Supongo que durante estos años estuvo incubando su odio, que finalmente estalló. Pero de un modo frío, buscando al mismo tiempo buenos beneficios… Oiga, ¿y si nos sentásemos?

Se sentaron en el mismo banco de la madrugada. Adam Kendrick tenía el ceño fruncido.

—En realidad —murmuró—, todo depende de las investigaciones de la policía de San Francisco, sobre el accidente del padre de Jenny… ¿No es así?

—Sí. Pero estoy seguro de que mis sospechas se confirmarán. Está todo muy claro, muchacho.

—Pues tenga la bondad de explicármelo con esa claridad, teniente.

—John Barrymore decide, finalmente, vengarse del hombre que le humilló con su esposa…

—Su hermano —recordó Adam.

—No importa. Podría contarle cosas más horribles que unos asesinatos ocurridos entre familiares. Como le decía, después de años de rumiar su rencor, su odio, John Barrymore decide vengarse, pero de un modo inteligente. Lo primero que hace es asegurarse la riqueza asesinando a su socio, Carter Wells. Luego… Por cierto: ¿tiene usted la carta que recibió la señorita Wells?

—Claro que no. La tiene ella.

—Me gustaría echarle un vistazo.

Adam se puso en pie, y fue hacia la habitación 211. Entró, salió dos minutos más tarde, y volvió a sentarse, tendiendo el sobre a Murdock, que sacó la carta… y un papel de un bolsillo. Comparó algo entre ambos papeles, y luego los tendió a Adam.

—¿Qué me dice de esto?

Adam tomó los dos papeles. El de Murdock estaba escrito a máquina también. Decía:

> «Estamos probando la escritura de las máquinas de escribir de esta oficina para…».

No leyó más. Se mordió los labios, estuvo unos segundos mirando de uno a otro papel, y por fin musitó:

—Parecen escritos con la misma máquina.

—Exactamente. ¿Lo comprende ahora?

—Pues… No sé…

—Oh, vamos, Kendrick, me está decepcionando…

John Barrymore sabotea la avioneta de Carter Wells, y éste se mata. Luego, Barrymore sigue con su plan, que, por supuesto, ha estado meditando largo tiempo: es su oportunidad de ser finalmente rico, sin tener que compartir nada con nadie, y al mismo tiempo satisfacer su odio… Después de la muerte de Carter Wells, le envía esta carta a su hija, a la señorita Wells, citándola en el Indio Hotel… ¿No imagina para qué?

—¿Para… matarla también?

—Evidentemente. Pero sucede que la señorita Wells, desde que llega, se pasa el tiempo, por un motivo u otro, en compañía de un tal Adam Kendrick, sujeto que parece muy fuerte y peligroso, así

que eso se ve bastante dificultado. Sin embargo, no resulta difícil llegar hasta Charles Barrymore. No olvidemos que John Barrymore conocía perfectamente el hotel…

—Eso es cierto —admitió Adam.

Así que sabía lo que tenía que hacer, puesto que también conocía las costumbres de su hermano. Primero, le mata a él. Luego, a su sobrino Esley…

—Espere. A Esley le mató una…

Adam se mordió los labios, y quedó meditabundo, mientras el teniente le miraba amablemente. Y en vista de que Adam no terminaba la frase, lo hizo él:

—¿Una mujer?

—Sí.

—Ya sabemos que John Barrymore utilizaba un disfraz de mujer, muchacho…

¿O no?

—Pero eso es absurdo… ¿Con qué objeto?

—Varios. El primero de ellos, por supuesto, es que nadie viese a John Barrymore por estos lugares. Podían quizá ver a una mujer, pero ¿a quién se le iba a ocurrir relacionarla con él? Hay otro detalle, además: las pisadas de pies descalzos femeninos que encontramos cerca de la ventana del despacho de Charles Barrymore.

—¿Qué pasa con ellas?

—Indudablemente, John Barrymore debía saber que siempre hay pisadas de ésas por ahí, de las mujeres que van o regresan de la piscina del hotel. En cuanto a él, debió caminar descalzo y con gran cuidado. Sabía el terreno que pisaba. Y, en definitiva, todo estaba destinado a que en ningún momento se pensase en él. Ni siquiera en un hombre. Y al respecto, he encontrado incluso otro motivo: quizá quería orientar las sospechas hacia Ruth Dreyer, con la que a raíz de ciertos acontecimientos, Charles Barrymore se llevaba muy mal.

—¿Y no pudo ser efectivamente Ruth Dreyer quién…?

—No.

—Pero ella no ha presentado coartada alguna que…

—La tiene. Hace días que estaba con su hija en San Francisco, en el apartamento que la muchacha tiene allá. Se sentía sola, no podía soportarlo más, así que se fue a ver a su hija. Naturalmente, la

muchacha la acogió, hicieron las paces… De todos modos, Ginger ocultó a su padre la presencia de su madre en el apartamento. No quería molestar a su padre, que a fin de cuentas le había puesto el apartamento y la estaba manteniendo. Pero dejemos a las dos mujeres y volvamos a John Barrymore, que tras provocar el accidente de Carter Wells, cita anónimamente a Jennifer Wells en este hotel. Y en cuanto la muchacha llega, comienza a matar. Mata a Charles. Luego, a Esley… Y las cosas se le empiezan a poner difíciles. Pero, sin duda, lo tiene previsto. Ya ha contratado a dos sujetos, que les llevan a usted y a Jennifer Wells a la cabaña. Y le obliga a usted a llamar a Norton… Santo cielo, Kendrick, ¡no puede estar más claro! Los reúne allí, mata a Norton… y usted y la señorita Wells estarían también muertos de no haber reaccionado usted a tiempo.

—Sí… Parece razonable.

—Lo es. Cuando Barrymore comprende que usted ya no está atado, se asusta, y decide huir…

—Eran tres contra mí. Y armados. Yo no tenía ni siquiera un palillo para defenderme.

Era uno solo —deslizó Murdock—. Para entonces, John Barrymore ya tenía muertos en el coche a Gower y Lamb, es decir, a Nick Darren y Miles Orwell. Ya le habían ayudado: había que silenciarlos. Y no me discuta esto, Kendrick: al llegar al aeropuerto con las Barrymore, me estaban esperando en un coche de la policía, con una noticia… Las balas que mataron a Gower y Lamb fueron disparadas por la misma pistola con la que mataron a Norton Barrymore. Y esa pistola, la tenía John Barrymore cuando le encontramos dentro del coche despeñado. También estaba vestido de mujer, tenía a su lado la peluca… ¿Quiere saber algo más?

—¿Qué?

—En el portamaletas encontramos un gran cuchillo con sangre seca adherida a él, y un zapapico en las mismas condiciones… La sangre de ambos objetos ha sido analizada y comparada… ¿Le digo a quién pertenecía, respectivamente?

—A Charles y a Esley Barrymore —susurró Adam.

—Exactamente.

Adam Kendrick quedó pensativo unos segundos. Por fin, suspiró, fatigado y deprimido.

—Bueno… Sólo queda por decir que cuando John Barrymore se alejaba de Los Angeles, hacia algún lugar donde pensaba enterrar a Gower y Lamb, las armas, el disfraz de mujer… tuvo mala suerte: perdió el control del coche y se estrelló en el acantilado.

—Hay un refrán muy popular que dice: quien mal anda, mal acaba.

—Será cuestión de fijarse más en los refranes. Voy a ver qué tal sigue Jenny, y puesto que todo está aclarado y puedo dormir tranquilo, me retiraré a mi habitación.

—Buena idea. Vamos a ver a la señorita Wells.

Cuando entraron en la habitación, reinaba allí un silencio total.

Ruth y Ginger Barrymore estaban en dos butaquitas sentadas junto a la cama donde yacía Jennifer. Los dos estaban con la cabeza caída sobre el pecho. En cuanto a Jennifer Wells, los dos hombres vieron las lágrimas en sus ojos, al acercarse. También la joven Ginger lloraba, en silencio, mientras que Ruth, muy pálida, se mordía los labios, atormentada.

Jennifer miró a Kendrick.

—Adam… Oh, Dios mío…

Él se acercó, y le pasó una mano por la frente.

—Es mejor que olvides, Jenny. Ninguno de los que estamos aquí tenemos culpa de nada, y no debemos torturarnos. Todo ha terminado, y lo mejor es olvidarlo.

—Pobre papá…

—Pobres todos —susurró Adam—. Todos, Jenny. Pero voy a insistirte en que…

El teléfono de la mesita de noche sonó en aquel momento, y Adam se apresuró a atender la llamada.

—¿Diga?

—…

—Ah, sí, sí. Soy yo.

—…

Bajo inmediatamente. Gracias.

Colgó, y captando la mirada interrogante de Jennifer, explicó:

—Es Percy Loomis —sonrió a medias—. Mi agente, ya sabes. Le mandé recado para que viniese, y dije en la conserjería que seguramente estaría contigo, así que me han avisado aquí. Voy a hablar con él.

—¿Algún contrato? —murmuró Jennifer.

—Intentaremos arreglar las cosas —encogió los hombros Adam.

—Adam, yo creo que deberías aceptar el empleo de profesor de educación física que te ofrezco. Lo del cine…

—¡Ni hablar! Jenny, ya te dije que no quiero saber nada con viejas gordas que…

—¡Pero si no es eso, Adam! Se trata de los mismos muchachos a los que yo doy clases, allá en Kanab, Utah.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Me estás ofreciendo un empleo… en Utah, y con niños minusválidos?

—Sí… Sí.

—Por el cielo… ¿Qué clase de… gimnasia podría yo enseñarles a esos niños? ¿Estás bromeando?

—Gimnasia reeducativa. Adam, sé que eres un hombre bueno, amable… Los niños estarían bien contigo. Te necesitan, además. Han tenido algunos profesores, pero se cansan enseguida…

—¿Y yo no me cansaría?

—Oh, tú tendrías allí otros alicientes, tu vida organizada…

—¿Qué alicientes? —Se pasmó Adam—. ¿Qué alicientes puede ofrecerme un pueblo de Utah? ¿Qué vida organizada? ¡Vamos, Jenny, me estás tomando el pelo!

¿Qué puede inducirme a organizar mi vida en Kanab, Utah?

—Yo estaré allí siempre —susurró Jennifer.

—Fantástico… Tú estarás allí siempre. Y con sólo eso, un pueblo diminuto debe convertirse en una especie de… cárcel para un tipo como yo, desaforadamente guapo. —Abrumadoramente…

—Eso, abrumadoramente. Bueno. —Adam movió la cabeza con el gesto de quien no cree lo que ve ni lo que oye—, mira… Estoy seguro de que Kanab debe ser un pueblecito encantador, con personas magníficas y todo lo que quieras, pero… Percy me está esperando abajo. Hasta la vista.

CAPÍTULO X

Fue la joven y bonita Ginger quien abrió la puerta del apartamento. Y enseguida, abrió la boquita, con gesto de asombro.

—Señor Kendrick… ¿Usted aquí?

—¿Qué tal, señorita Barrymore? —sonrió el tipo abrumadoramente guapo—. ¿Le gustan las flores?

—¿Las…?

Adam adelantó el brazo que había tenido a la espalda, mostrando un ramo de flores, y, tras la sorpresa, Ginger lo tomó, riendo.

—¡Me encantan las flores! —exclamó—. Pase, señor Kendrick.

Adam entró, empujando la puerta cuidadosamente tras él, como si temiera hacer ruido, cosa que, ciertamente, a las seis de la tarde no habría tenido gran importancia.

—¿Está usted sola?

—Oh, no… Mi madre está conmigo, naturalmente. Llevamos varios días juntas, solucionando todos esos asuntos del hotel, y del negocio de papá… ¿Qué tal la señorita Wells?

—Se fue ayer mismo a Kanab, según entiendo.

—¿Según entiende? ¿No está seguro?

—Pues no, porque desde el último día que nos vimos, he estado muy ocupado, yendo de un lado a otro con mí agente… No sé si recuerdan su nombre: Percyval Loomis. La última vez que llamé a Jenny al hotel me dijo que hoy emprendía el regreso a Kanab, así que… quizá ya esté allí.

—Es admirable la señorita Wells —murmuró Ginger—. Podría vivir aquí, en San Francisco, o en Los Angeles, como una millonaria, disfrutando de su parte del negocio de su padre… ¿Y sabe qué decisión tomó al respecto?

—No… No.

Llegaron al *living*, donde, sentada en un sillón, ante una mesita llena de papeles, estaba Ruth Barrymore, mirando con sorpresa hacia la puerta. Se puso en pie al ver a Adam, exclamando:

—Creí reconocer su voz, señor Kendrick, pero me decía que no podía ser… ¡Qué sorpresa!

—Estoy de paso en San Francisco —se adelantó Adam a estrecharle la mano—. Y como sabía que iba a pasar por aquí, le pedí la dirección de ustedes al teniente Murdock. Nos hemos hecho grandes amigos.

—Es un hombre muy competente el teniente Murdock —pareció meditar Ruth—. ¿Ha encontrado usted algún trabajo interesante?

—Estoy seguro de que esta vez he dado en el clavo.

—Me alegro mucho. Por favor, siéntese… ¿Quiere tomar algo?

—Ya que es usted tan amable… Lo que sea, con hielo. Hace calor.

—¿*Whisky*? —rió Ginger.

—Es una buena medicina —sonrió Adam.

La muchacha fue a preparar la bebida. Ruth se sentó, y lo hizo también Adam, por fin.

—Estábamos ordenando asuntos del hotel, precisamente —dijo Ruth—. Y con frecuencia nos acordamos de usted, y de la señorita Wells…

—Ah, sí. Su hija me hablaba de Jenny hace unos segundos… ¿Qué decidió Jenny sobre su parte en el negocio, señorita Barrymore? —Se volvió hacia el mueble-bar.

—Lo ha dejado todo en nuestras manos. Sólo quiere que le vayamos enviando los beneficios que le correspondan, para irlos invirtiendo en esa escuela de niños enfermos, o lo que sea…

—Es admirable —dijo Ruth.

Ginger se acercó con el vaso, Adam lo tomó, bebió un sorbo, y asintió con la cabeza.

—Sí —musitó—. Es admirable. Espero que ustedes se conformen con dirigir el negocio, y que desistan de asesinarla.

Ruth y Ginger palidecieron intensamente.

—¿Qué dice? —Reaccionó Ruth.

—Digo que espero que se conformen con el hotel y su parte en el negocio de los Wells, y que, por favor, desistan definitivamente de

asesinar a Jenny.

—Señor Kendrick… ¿está usted… loco?

—Por supuesto que no, señora Barrymore. Vamos, creo que no lo estoy.

Aunque… ¿quién sabe?

—Pe-pero… ¿de qué… de qué está usted hablando? —tartamudeó Ginger.

—De sus asesinatos. Yo creía que las bestias humanas no existían. Luego, en el hotel, comencé a pensar que existía al menos una… Y finalmente, he comprendido que existen dos: usted y su madre, señorita Barrymore.

—¿Nos está llamando… bestias humanas?

—¿De qué otro modo podría llamarlas? Por Dios —hubo una crispación en el rostro de Adam—. Todavía no puedo creerlo, francamente. Pero debo rendirme a las evidencias.

—¿Qué evidencias?

—¿Para qué explicar las cosas otra vez? Lo que estoy diciendo, en definitiva, es que ustedes asesinaron a Charles Barrymore, a sus dos hijos, Esley y Norton, y, por supuesto, al padre de Jenny.

—¡Está loco! —chilló Ginger.

—No grites —susurró Ruth—. No grites, Ginger.

—Sí —aprobó Adam—. No grite, Ginger: no interesa que esta conversación puedan oírla los vecinos. ¿Verdad, señora Barrymore?

—¿A qué ha venido usted aquí? —preguntó Ruth.

—Ya les he dicho antes que esta vez he dado en el clavo: he encontrado el modo de vivir toda la larga vida que me queda como un maharajá.

—¿Sí? ¿Qué modo?

—Digamos que… cobrando una pensión que ustedes van a pasarme.

—¡No le pasaremos nada, no le…! —empezó a chillar de nuevo Ginger.

—¡Cállate! —ordenó su madre—. Y usted, señor Kendrick, ¿será tan amable de explicarse mejor?

—¿Realmente lo necesita, señora Barrymore? Muy bien, voy a complacerla. He… fisgoneado un poco en la vida de usted a raíz de cierta información que me facilitó mi agente… ¿Les he hablado de él? Se llama…

—Loomis, sí —cortó Ruth—. ¿Qué información le facilitó?

—Parece ser que usted estuvo también, como yo, haciendo algunos intentos en el cine, señora Barrymore, pero no tuvo suerte, o quizá no tenía talento… para eso. Para asesinar, sí lo tiene. Y mucho… Pero voy a empezar por el principio. ¿Recuerdan ustedes a Lamb y Gower?

—No. Nunca los conocimos.

—Oh, sí. Sus verdaderos nombres eran Miles Orwell y Nick Darren. Había algo en ellos que me llamó la atención, pero no conseguía definir qué era… Lo conseguí casi al amanecer del día que ustedes llegaron al hotel con el teniente Murdock: Lamb y Gower eran lo que suele llamarse «extras» de cine… ¿Comprenden?

—No.

—Sí comprenden. El modo de hablar, de actuar, de moverse, de contestar, me llamó la atención en Lamb y Gower. Y al amanecer, caí en la cuenta: estaban *actuando*. He visto muchos tipos como ellos, malos actores, como yo mismo, que finalmente tienen que conformarse con hacer papelitos de «extra»… Llamé a Loomis, y le dije que viniese a verme al hotel. ¿Recuerdan que me llamaron por teléfono a la habitación de Jenny, porque él había llegado? Le encargué que buscase en todo el ámbito de su profesión de agente artístico a dos sujetos, llamados Nick Darren y Miles Orwell. Tardó cinco días en poder pasarme el informe… Y cuando me dijo que eran dos «extras» baratos, lo comprendí todo.

—¿Qué es *todo*?

—Todo. Ustedes prepararon la muerte de Carter Wells, y su hija utilizó una máquina de escribir de las oficinas para preparar la nota que envió a Jenny.

—Está demostrado que la nota la envió John…

—No. Su marido, señora, en todo caso habría enviado una carta formal notificando a Jenny la muerte de su padre. La nota la envió su hija. Al menos, ella la escribió a máquina. John Barrymore no envió nota ni carta, porque seguramente, aún no sabía dónde encontrar a Jennifer Wells. En cambio, ustedes sí lo sabían, pues ya se habían interesado por ello con anterioridad. Ustedes fingieron hace un par de meses que se habían discutido, y Ginger se fue a vivir a San Francisco. Eso, sin duda complació mucho a su padre, John Barrymore. Pero, después de tantos años junto a usted, no

dudo, señora Barrymore, que ya había conseguido envenenar el cerebro de su hija… ¿No es cierto? En realidad, todo el plan estuvo pensado, meditado, cuidadosamente preparado con mucho tiempo. Todo previsto. Usted, señora, no estaba en el apartamento de su hija, sino asesinando a Charles Barrymore y sus hijos, en Los Angeles. Mientras tanto, Ginger contrató a dos sujetos para que hiciesen el papel que les correspondería en la última parte: llevarnos a la cabaña, donde matarían a quienes les interesaba. Luego, puesto que John Barrymore, engañado por su hija, estaba allí, posiblemente ya narcotizado mientras ustedes mataban a Gower y Lamb, sólo tuvieron que meterlo también en el coche, vestido de mujer, con la peluca al lado, el cuchillo y el zapapico en el maletero, la pistola… Ginger debió conducir el coche de usted, señora Barrymore, viajando detrás de usted hacia el Norte. Al llegar al sitio que, por supuesto, también habían ya elegido, usted despeñó el coche con su marido dentro, con los pobres tontos Gower y Lamb, que se habían… divertido con la comedia que les habían encargado, y en la que ellos eran los protagonistas… ¡Por fin tenían un papel principal! Supongo que les convencieron de que todo era una broma. Pero… Ninguna broma: todo estaba destinado a matar a los Barrymore, a Carter Wells y a su hija, y así, ustedes se quedarían con todo. ¿Sí, señora Barrymore?

Ruth parpadeó, lentamente.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir esto, señor Kendrick?

—Ya se lo he dicho: para mí, Lamb y Gower resultaban… conocidos. Luego, supe que eran actores de quinta fila. Y finalmente, pensando, pensando, pensando, encontré la prueba definitiva.

—¿Qué prueba?

—Mi propia supervivencia, señora Barrymore.

—No… comprendo.

—Lógicamente, yo debería estar muerto. Y no lo estoy porque ustedes quisieron hacer las cosas demasiado bien. Hicieron hablar a Lamb y Gower como si estuviesen trabajando para John Barrymore. Incluso les ordenaron que mencionasen al señor Ba… Todo encaminado a que, *cuando yo quedase con vida* pudiese hablar, decir lo que sabía, lo cual, sumado al hallazgo del coche con John Barrymore, Gower y Lamb dentro, así como la pistola, la peluca,

etcétera, habría sido definitivo para la policía. Sí, mi supervivencia era extraña, sorprendente… Y no me refiero a que pudiese reaccionar, romper la lámpara con la cabeza, y salvar a Jenny… Eso fue un contratiempo para ustedes, que querían matar a Norton y a Jenny y simular que a mí sólo me habían herido, dejándome allí por muerto. Por eso dispararon desde la ventana, lo cual era complicarse la vida, ¿no?

—Sigo sin comprender.

—Vamos, vamos, señora Barrymore… Si el cerebro director de esta comedia hubiese sido realmente John Barrymore, habría quizá matado también a Gower y Lamb, pero, ciertamente, yo no habría salido con vida. Ni Jenny. John Barrymore habría entrado allí, y fríamente, como correspondía a una persona que estaba asesinando a su propia familia, nos habría metido a cada uno una bala en la cabeza. ¿Por qué no se dejó ver John Barrymore para hacer las cosas así de bien? Pues, porque el pobre hombre, narcotizado, estaba destinado al despeñadero… En cambio, yo tenía que sobrevivir, y por eso, debían disparar para matar a Jenny y Norton sin que yo las viese, para que creyese en todo momento que se trataba de John Barrymore. Y ahí llegó el fallo.

—¿Qué fallo?

—Admitamos que al romper yo aquella lámpara ustedes pudieron inquietarse por mi reacción, y decidieron huir. Pero, señora Barrymore, cuando las luces del coche me cazaron como a una mariposa contra la pared, pudieron haberme matado. Y no lo hicieron. Esto me tenía obsesionado. Y al final, lo comprendí: yo tenía que quedar vivo. Y… ¿podía interesarle eso a John Barrymore? No, ¿verdad? Y luego, cuando John Barrymore apareció muerto, y cuando fui reflexionando, atando cabos, me dije: ¿quién ha salido beneficiado con todo esto, en definitiva? Respuesta: Ruth Dreyer y su encantadora hija. Y aún habrían salido más beneficiadas si Jenny Wells hubiese muerto. Por eso, les pido que respeten su vida, que se conformen con lo mucho que han conseguido.

—De lo cual, usted quiere una parte —musitó Ruth.

—La verdad: no lo sé.

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé. —Adam se estremeció—. Señora Barrymore, ¿qué cantidad de odio, qué clase de odio ha podido usted ir

inculcando en su hija para que la ayudase en esto? Por Dios… Lo de matar a Carter Wells es vulgar. Pero… matar a su tío, a sus primos… ¡Y a su padre!

—¡Yo no maté a mi padre! —chilló Ginger—. ¡Fue ella!

—Materialmente, sí, pero…

—¡Cállese! —gritó ahora Ruth—. ¿Usted qué sabe? ¡No puede saber las humillaciones que tuve que soportarle a Charles, y a sus malditos hijos… y a mi propio marido, que no fue capaz de perdonarme! Despreciada por todos, siempre sola, sin recibir la más pequeña ayuda… ¿A qué tenía que enseñar a mi hija? ¿A amar a esas bestias?

Adam Kendrick miró el vaso de *whisky* que tenía en la mano. Y de pronto, el sabor del trago que había bebido antes le pareció horriblemente amargo. La verdad era que se encontraba mal. Dejó el vaso sobre la mesita, y se puso en pie.

—Adiós —musitó.

—Usted no se irá de aquí —jadeó Ruth—. ¡No saldrá vivo de aquí! ¡Mátale, Ginger, mátale…!

Mientras gritaba, Ruth empuñó uno de los abrecartas, y se abalanzó contra Adam, rugiendo su furia, los ojos casi fuera de las órbitas…

—¡Quieta! —tronó la voz en la puerta—. ¡Quieta o disparo!

Pero Ruth Barrymore no se quedó quieta. Y quizá habría conseguido clavar el abrecartas en la garganta de Adam si éste, con un simple manotazo, no se la hubiese quitado de encima, derribándola con tal fuerza contra la mesita, que la mujer perdió el conocimiento… El hombre abrumadoramente guapo miró a Ginger, que parecía petrificada, mirando con expresión alucinada a su madre, tendida en el suelo.

Luego, se volvió hacia la puerta, donde, pistola en mano, demudado el rostro, estaba el teniente Murdock, que, ciertamente, había entrado tras Adam y lo había escuchado todo.

—Son todo suyas, teniente —murmuró Adam Kendrick—. Yo me largo de este asqueroso mundo de bestias humanas.

Este es el Final

Ella estaba en camisoncito de dormir, y Adam salía del cuarto de baño, recién afeitado, se acercaba, y la besaba en los labios, largamente, largamente, largamente, eternamente… Y mientras Adam la besaba, Jennifer se iba desfalleciendo de amor en los brazos de su marido. Sí… Él había llegado, se había casado con ella, se había quedado a vivir en Kanab, Utah, para siempre, dispuesto a ser el profesor de educación física de aquellos pobres niños que tanta ayuda de toda clase necesitaban. Pero, sobre todo, ayuda moral, ayuda como la que podía prestarles aquella montaña de músculos con su trato simpático, con su sonrisa amable, ofreciéndoles una visión hermosa de la vida…

¡Porque Adam era tan abrumadoramente guapo…! Eso, además de amable, inteligente, simpático… Lo era todo. Y… sí, eso era, exactamente: había llegado allí, se había casado con ella, y en aquellos momentos, después de besarla, salía del cuarto de baño.

Al llegar a este punto de sus sueños, Jennifer Wells parpadeó, se estremeció, y regresó a la realidad. No estaba en el dormitorio de su chalet con Adam, ni se había casado con él, ni él se la iba a comer como si fuese un bombón…

Estaba allí, en la clase, rodeada de niños que vociferaban alegremente, que corrían (los que podían) de un lado a otro, quizá aprovechándose del hecho de que la señorita Jenny estuviese otra vez en su mundo de sueños.

Jenny aspiró hondo, y sacudió la cabeza. Lo mejor era olvidar, porque Adam jamás aparecería por allí, jamás quería…

Jennifer Wells miró hacia la puerta de la clase, que se había abierto. Y creyó que todavía estaba soñando cuando vio allí a aquel tipo abrumadoramente guapo, con atuendo deportivo, mirándola

fijamente y preguntando:

—¿Es aquí donde necesitan un profesor de educación física?

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…